

PEDRO PRADO

CARTAS A
MANUEL
MAGALLANES
MOURE

CADERNOS DEL CENTENARIO
LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA

PEDRO PRADO

CARTAS A MANUEL
MAGALLANES MOURE

CUADERNOS DEL CENTENARIO
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA

NO VALOR COM

Se terminó de imprimir
en los talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA
en el mes de julio de 1986

LA LENGUA
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LETRAS Y CIENCIAS

P E D R O P R A D O

11410
Brno 10
92261
P.876C
1-986
110821

CARTAS A MANUEL MAGALLANES MOURE

(Prólogo de Roque Esteban Scarpa)

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

1986

61441

bncb

928.61

P 896 c

1986

C-1

AAB 2792

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

1986

PEDRO PRADO FUE ELEGIDO ACADEMICO DE NUMERO en la sesión de fecha 9 de octubre de 1950, en la vacante dejada por D. Arturo Alessandri Palma. Nunca pronunció su discurso de ingreso ni la Corporación, transcurrido plazo prudente, lo pasó a Correspondiente, como era el uso. En las actas queda constancia que tampoco fue designado quién debiera recibirle, y no por desgano o arrepentimiento, pues había obtenido la unanimidad de los sufragios. Prado tenía sobrados méritos a partir de 1915, fecha de la publicación de "Los pájaros errantes", que coronaba una cumplida tarea de poeta y de prosista. Agradece su designación, pero misteriosos designios hacen que no ocupe el sillón de D. Arturo, cuya vacancia, sin embargo, es llamada de nuevo a postulación electiva. En esta segunda oportunidad es designado don Francisco Antonio Encina, quien tampoco pronuncia el discurso de rigor y la Academia, respetando plazos cumplidos y entreverados con declaraciones del electo, designa al historiador como Correspondiente y declara la vacante de D. Arturo por vez tercera.

En 1952, a raíz del primer Congreso de Academias, convocado por México y realizado en su capital, es ampliado de 18 a 24 el número de Académicos, y, entre los seis designados en esa ocasión, lo fue don Valentín Branda, quien, sintiéndose sucesor de Prado, no sólo pro-

nuncia su elogio en la ceremonia de incorporación, sino que lo escoge como tema único de su discurso. De este modo simbólico, se perfeccionó el ingreso post-mortem de Pedro Prado a la Academia, y la vacante del Sr. Alessandri fue, finalmente, ocupada por D. Rafael Maluenda.

Incorpora la Academia como a uno de los suyos, el nombre de Pedro Prado, y quiere hacerlo con las propias palabras del escritor, con el testimonio de un aspecto íntimo, directo, personal de su escritura: las cartas que enviara a Manuel Magallanes Moure en un período que abarca desde diciembre de 1912 hasta octubre de 1923.

Tiene entonces Prado veintiséis años y, su correspondiente, 34. Había publicado "Flores de cardo" y "La casa abandonada"; Magallanes Moure, "Facetas", "Matices", "La jornada". Durante el lapso de este intercambio epistolar, del que conocemos sólo lo que escribiera Prado, éste agregará "El llamado del mundo", "La reina de Rapa-Nui", "Los diez", "Los pájaros errantes", el "Ensayo sobre la Arquitectura y la Poesía", "Las copas", "Alsino" y el poético engaño de Karez -I- Roshan; continuará su obra, al sobrevivir a su amigo por casi treinta años, con su novela "Un juez rural" (1924), "Androvar", poema dramático publicado al año siguiente y casi diez años después inicia la serie de libros de sonetos con "Camino de las horas" (1934), "Otoño en las dunas" (1940), "Esta bella ciudad envenenada" (1945), y su libro final de poesías, "No más que una rosa" (1946). Tres años más tarde, agregará la edición de "Viejos poemas inéditos". En 1926, dos años cumplidos de la muerte de Magallanes Moure, había preparado para Nascimento, la selección de los mayores poemas del poeta serenense.

Estas treinta y seis cartas van de Santiago, Viña, Cartagena, Loncoche, a La Serena, Valparaíso, Santiago, El Melocotón, París. El tratamiento entre ellos, en varias ocasiones, humorístico, revela aspectos humanísimos que no siempre trasuntan la obra literaria. Las páginas son testimonio vivo de una noble amistad que se va asentando sobre el compartido amor por la pintura y la poesía. Puede decirse además que incluyen finos apuntes sobre la naturaleza: "El paisaje tiene sobre mí todo el poder de la fascinación", dirá y estas descripciones vienen a complementar el mundo de "Alsino" y "Un juez rural". Son notables algunos retratos de personas. Léase el de Magallanes Moure en la carta primera de diciembre de 1912, tan agudo y complementado humorísticamente por la de julio de 1915. Agréguese la calidad del análisis de sus estados de ánimo. No está exento este conjunto de referencias al mundo literario a través de los nombres de Gabriela Mistral, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Ernesto A. Guzmán, Augusto D'Halmar, Omar Emeth; al mundo de la plástica con sus juicios sobre exposiciones de pintores, y menciones de Juan Fco. González, de Richon-Brunet, de Sorolla y Rusiñol, e incluso con soltura irónica sobre su incursión en la escultura y los problemas que le daba la barba de Magallanes Moure; al mundo musical con Acario Cotapos y con Alfonso Leng, a propósito del poema sinfónico Alsino, y la mención al pianista Alberto García Blest. También es de alto interés lo referente a la gestación de la revista "Chile Contemporáneo" y sobre el grupo de los Diez y el establecimiento de una nomenclatura algo complicada para datar las cartas.

No es esta presencia, aunque importante como reflejo de un período de la vida cultural chilena, lo más significa-

tivo de este epistolario: es la visión del hombre Pedro Prado, sus vicisitudes, la tonalidad anímica que impregna sus días, el dibujo simple con rasgos de caricatura de la vida diaria, la complejidad de lo sencillo que se transparenta a través de su visión, y el acto de dar en dos o tres adjetivos lo esencial de un ser como lo hace en una referencia a su padre. El milagro y el misterio reside en quien era Pedro Prado, su curiosidad intelectual, su profunda cultura, el mundo espiritual que le sostenía, su sentido de lo familiar, lo cordial de su amistad, el sentido del humor, aliado de su bonhomía y castigador siempre de cualquier impulso vanidoso que acecha a los artistas. Este conjunto de cartas que silencian el diálogo apenas pocos meses antes de la muerte del poeta de La Serena, constituye un complemento de la labor creadora de Prado que va a continuar, como lo hemos señalado, con quizá la parte más sustantiva en el total de la obra.

 Tuve la suerte de conocer a Prado en los canales del sur, en unos de mis retornos a la tierra natal en mis vacaciones universitarias. Debe haber sido en 1932 ó 1933, apenas retornado él de sus funciones diplomáticas en Colombia. Viajaba con su numerosa familia, no sé si cumpliendo el sueño, incitado y desencantado, como lo expresa en sus cartas del año 1912 y 1914, que programara hacer con Alberto Ried y con el propio Manuel Magallanes, al parecer en el vapor "Magallanes". Tanta coincidencia magallánica hace reír la pluma de Prado, que al topar con el desánimo del amigo, le dice: "Mire Ud. que un viaje metido en su tocayo, rumbo a las tierras de su homónimo... No prive Ud. a esas pobres gentes de conocer al verdadero Magallanes y a su Barba. Y como fue abuelo suyo el portugués de Hernando llegaría Ud. a su

casa. ¿Qué el frío y el viento? Permítame una ligera sonrisa, porque con esa bufanda que Dios le ha dado...".

Como Prado era persona de cortesía y el estudiante joven no sólo un lector que demostraba entusiasmo sino capaz de escuchar e interesarse por el alto mundo cultural que movía Prado, en esas tardes grises y verdes de los canales, nuestros jardines de Academos fluyentes, se puso el origen de una amistad que fue constante en el ánimo e intermitente en la apariencia del tiempo, pero que tuvo como escenario al retorno, la casona de Mapocho y aun después la casa que miraba hacia el mar y el estero en la Avenida de la Marina en Viña del Mar, la bella ciudad envenenada, que debería colocar una placa recordatoria en el lugar donde estuvo el chalé y él escribió su bella obra final.

Muestra del carácter de Pedro Prado, su humildad generosa, el que remitiera antes de enviarlo a la imprenta, copia mecanografiada de "Esta bella ciudad envenenada" con el ruego de su lectura con indicaciones de posibles imperfecciones en los sonetos e, incluso, el rechazo de los que se considerara malogrados. Agradeció por carta alguna observación, quizá antojadiza, quizá fundada, y tuvo la bondad de remitirme un ejemplar numerado de su edición.

Las páginas que edita la Academia, escritas con el fervor de una amistad, recrean un tiempo, y sus circunstancias, reviven seres humanos que se van tornando sólo en nombres y dibuja un Pedro Prado, diario y eterno.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Sr. Manuel Magallanes M., La Serena.

Mi querido amigo, llego en este momento de casa de mi suegra, donde almorcé. ¡Qué mediodía más caluroso! El aire vuela atontado, espeso de olores por las aguas y basuras que fermentan al sol. Me vine lentamente, para no sofocarme, aprovechando las angostas lengüetas de sombra que dan los aleros de las casas. Las calles todas silenciosas, amodorradas. Por las puertas abiertas de par en par, se divisaban los patiecillos modestos con sus bambúes verdes. Yo no sé cuál es la causa de este aburrimiento que me sobrecoge. Aburrido y cansado y triste. Una tristeza que no proviene de ningún accidente determinado de mi vida, sino una tristeza de la vida misma. Callada y vacía está la casa en esta tarde de domingo. La Adriana y los chicos, en casa de mi suegra. Las sirvientas qué sé yo dónde. El escritorio, con su aire encerrado, está tan quieto que siento en los oídos una especie de sonido levísimo y constante que acaso es mi sangre que se escurre.

Un placer fue para mí, recibir o encontrar su carta. No se preocupe Ud. por la casa de Cartagena, porque le asiste toda la razón al arrendársela a su cuñado.

Me ha entretenido y hecho pensar la relación que me hace de la laxitud provinciana, del mar contemplado desde la playa solitaria, de la buena y hermosa prima Marta que vio nacer y con la cual juega ahora al juego sencillo del "handstone", que requiere las manos enlazadas.

Al través de las cartas recibidas le conozco mejor que

nunca. Es Ud. un regalón, un gran regalón. Es decir, es Ud. un goloso de la sensación pura. Para gozarla toda entera se requiere pereza, Ud. la posee; se necesita silencio, es Ud. callado; se ha menester de sentidos finos, el cultivo de la poesía, de la pintura, de la música han dejado a los suyos capaces de registrar todas las delicadezas. Presiento que Ud. pone en la suave amistad que lo liga a su prima Marta el mismo cariño, el mismo entusiasmo interior que gastaría para escribir una poesía honda o para pintar un cuadro hermoso. Sí, amigo Magallanes, desgracia es que no siempre podamos hacer de la vida la obra de arte que sólo la pasajera amistad de la prima Marta permite. Y en su carácter pasajero hay tanto valor como en su goce mismo. Piedras preciosas que valen fortunas porque son de las bellezas que no abundan. Son ellas como el símbolo, como la concreción material de un deseo ardiente que se realiza en muy escasa medida y que, por ello, junta al gran espejismo de las cosas anheladas, el pequeñísimo y pasajero placer de las cosas que se realizan.

Y luego, la vida astuta (Astuta es la vida...) a algunos los hace activos, ardientes, luchadores; a otros los hace pensadores, tiernos, perezosos. Borrarr, extirpar la indiferencia, a esto se reduce toda la astucia de la vida para que vivamos. Los ardientes, en cuestiones de amor son resueltos y vencen; es decir, la vida vence. Los tiernos y perezosos, como Ud., juegan con el amor como los gatos con las lauchas. Mucho juegan, largo rato, las cogen para dejarlas escapar y vuelta nuevamente a cogerlas. Y al fin... se las comen. Los regalones, como los gatos, no tienen prisa en terminar; acaso no piensan en ello; pero todo ha de tener su fin y es sabido que si los comienzos

son difíciles de escoger, los resultados no se obtienen por preferencias, se soportan por... determinismo, fuerza mayor, ley de causa a efecto.

¡Qué sugestivo es el "hand-stone". Piedrecilla de la playa sirve al amor! ¡Amistad serena de hombre a mujer sirve al amor! ¡Dulce engaño en que inconsciente vive mi pensamiento flojo que no quiere discernir el fondo de mi conciencia, sirve al amor! Y los buques, abiertas las velas al viento del mar, y el humo que persiste en el horizonte de los vapores que se alejaron, y la vida oscura de los lobos y de las toninas, todo sirve al amor. Y la sabiduría congénita del goloso de sensación se empeña en alimentar el amor en su etapa más dulce; y es como un fuego, como un fuego sagrado que arde siempre sin que su calor sirva a ninguno de los bajos menesteres de la vida. Es una llama que se desea mantener sólo por la suave luz que esparce.

Cuán natural y sana encuentro su actitud. Cuán simpática me parece su prima Marta. Qué deliciosa vida la que permite el juego del "hand-stone" en el cual las manos enlazadas pueden conservar libres los dedos cordiales.

Es Ud. un inventor ingenioso y un hombre naturalmente sabio, que cultiva del amor lo que bien no pudiera llamarse así, porque es sólo la flor del amor. Y del mismo modo que el viejo jardinero de dónde comienza a florecer la rosa veía en sus flores la belleza de la tierra, Ud. en los amores determinados, acaso ame más que a las dulces mujeres, al amor mismo, ame a la vida; esta vida pasajera que si ahora encuentro triste es porque escapan a mi entendimiento las causas que provocan su tristeza; igno-

rante de ellas todo se revuelve para mí y todas las cosas quedan teñidas con su vago color.

Lo abraza

Pedro Prado.

Santiago, 27 de dic., 1912.

Sr. Manuel Magallanes M., La Serena.

Mi recordado amigo: ¿qué cree Ud. que acabo de hacer? Pues, leer nuevamente sus cartas. Cada día que paso en medio de esta soledad de amigos, que sólo de vez en cuando interrumpe la compañía de Ernesto Guzmán, me refuerzo en la estimación que siento por los compañeros, y un vivo deseo de estar con ellos me asalta y me domina. Ayer, por ejemplo, escribí una larga carta a Augusto Thomson, en la que le hago una *enquete* minuciosa. Una agradable casualidad hizo que descubriera, arrumbado en un cuartucho de la casa de mi suegra, una colección algo trunca de los primeros años del Zig Zag. Triste, extraordinariamente triste, son las revistas viejas que siguen registrando en sus páginas, con el mismo empeño que si se tratase de actualidades, a lo que pasó para siempre; hombres, amigos y desconocidos, acontecimientos de nuestra vida republicana, noticias gráficas de todos los países de la tierra en un tiempo dado. Entre los artículos literarios y críticos encontré varios suyos, de los cuales recuerdo uno sobre Sorolla y otro sobre Rodin, que leyó en el Ateneo. De Augusto reuní catorce, El abuelo inclusive, que Thomson me pedía y que antes del día de

ayer no había podido enviar. Vea Ud.: el domingo le escribo; el jueves a Thomson, hoy, viernes, a Ud. nuevamente.

En muchas he hablado de cierta similitud entre nuestros gustos, afirmación que, tal vez (Ud. perdonará si se trata de una aseveración gratuita), le extrañó al principio, porque, al fin y al cabo, yo no era en ese tiempo y no lo soy todavía sino un muchacho que tendía lo que Ud. quiera y nada más, modestias aparte. Entonces, como ahora, no me refería ya a una igualdad de mérito en la labor literaria, a una semejanza estricta de sentimientos; en el fondo, no hacía otra cosa que presentir la verdadera amistad, un lazo que avanza lentamente, que ayuda y protege, como las cuerdas de los alpinistas, en toda ascensión. ¿Me equivoco? No lo creo. Siento que eso nace entre nosotros, y que, por lo que a mí respecta, me regala cierta clase de tranquilidad muy apetecida. Ha sido Ud., lo supongo, persona dueña de buenas amistades. Yo, en cambio, a causa de mi retiro y salvo una o dos excepciones, exagerando el optimismo, no he tenido en el amigo esa suerte de hermano cuya caricatura hicieron los Halmar y cuya realidad es, ahora lo veo, posible de obtener. El amor es fuerte y llena en sí el aspecto pasajero de toda crisis. La más grande pasión tiene cierto parentesco con la epilepsia porque sólo se manifiesta por accidentes agudos con soluciones de continuidad. En su base fisiológica extenuante, lleva en sí el amor la imposibilidad de lo duradero. Para que sobreviva el sentimiento amoroso es menester que lo socorra un nuevo sentimiento que nace: la amistad y, sin embargo, el predominio de este o el otro sentimiento conciertan al matrimonio en una solución inestable que oscila en un vaivén doloroso a veces, por el

largo tiempo gastado en llegar del uno al otro, y durante el cual no somos lo suficientemente amantes ni lo suficientemente amigos. En tanto la amistad de hombre a hombre simplifica las causas, más fuertes que la voluntad de ser buenos, que al amor gobiernan, y reduce todo a una especie de prolongación de nuestro espíritu ofreciéndonos lo que tendría la ubicuidad.

Nada me dice Ud. de nuestro viaje a los canales y a Punta Arenas, pero quedó entendido que ese viaje, de un modo u otro, tenemos que hacerlo, en esa ocasión nos probaremos mutuamente (como en otras posteriores) que la actividad y mérito de la labor literaria y artística no es ajena al influjo penetrante de la proximidad del amigo. Tengo fundadas esperanzas en hacer para entonces, o en traer de allí, las primeras líneas de alguna obra que valga la pena.

¿Qué dirá Ud., Magallanes, de estas cosas mías? ¿Qué habrá dicho de mis otras disertaciones tan imprevistas para Ud. como para mí? ¡Cuánto cambiamos, aparentemente, al tener una pluma en la mano! En el fondo seguimos siendo los mismos. Después de escribir esto, una ligera sonrisa intraducible dibujará mi boca. Acaso soy irónico conmigo mismo...

Cuando nos detenemos a analizarnos, si sabemos hacerlo bien, llegamos, por fin, a una vaguedad que por todas partes nos rodea: es como el fondo que da la vida a todo lo demás. ¿Qué conocemos de esa vida? Nada. Por esto, cuando he tratado de explicar algo, yo termino por sonreír de mis explicaciones. Sé, a menudo, que ellas son suficientes para la vida práctica; pero de todos modos, no puedo menos de hacer ese gesto desdeñoso y triste.

¡Ah! sinceridad, sinceridad ¿quién te posee? Sólo co-

nocemos el camino que lleva hacia ti. Y sabemos que ese camino al entrar en el campo de la filosofía, de la ciencia, es lo bastante enmarañado para que sea fácil el extraviarlo. Nada hay en esto de preciso para el hombre. Se engañan los que no lo creen así.

He hablado de amistad, y tal vez no existan sino los amigos.

Yo adivino que nosotros lo seremos.

Pedro Prado.

Sr. Manuel Magallanes Moure, Santiago.

Mi querido amigo, todas las cosas y las situaciones tienen su revés y ahora será Ud. el que encuentre, en la casilla 1476, algunas palabras amigas, que acaso le despierten a su fantasía.

Después de los trajines necesarios para dejar algo arreglada la casa que tomé en arriendo, he principiado a vagar por las playas y las lomas de Cartagena. Saludables paseos solitarios llevando en la mano un bastón más dócil que un perro y más espiritual que el mejor de los compañeros. Qué alegría tan mansa duerme en la serenidad de la marcha perezosa que recorre pacientemente los senderos ondulados que trepan los cerros para desaparecer en la cumbre. Los oídos se llenan allí de las canciones que modulan los vientos; los ojos se abren embelesados ante la perspectiva del mar que dibuja las playas curvas y cenicientas y continúa, más allá de las puntillas lejanas donde estallan las rompientes, sus aguas azules.

Ayer fui a Puerto Nuevo. Cuando atravesé la Playa

Chica, el paseo se formalizaba. En el extremo sur, entre las rocas que contienen el ímpetu de las olas, una veintena de niños enflaquecidos se bañaban bajo la vigilancia de una inspectora. Todos ellos estaban en el Sanatorio que la Liga contra la Tuberculosis tiene en este pueblo. Era un espectáculo alegre y melancólico a la vez que me hizo recordar el cuadro de Sorolla. Triste herencia. Los más pequeños de los niños se negaban a bañarse en medio de chillidos y súplicas que hacían reír. ¡Pobres muchachos!

Pronto quedaron los niños a mi espalda, mientras aparecían, por sobre la comba de los lomajes, los grandes tejados cubiertos de líquenes de las bodegas en ruinas. Largo rato, sintiendo una vaga emoción, contemplé los maderámenes grises por el viento salino que los iba quemando, las paredes con los adobes carcomidos por las lluvias que azotan el costado norte, las puertas y ventanucos desvencijados que se abrían hacia el interior oscuro e insondable. Cercano al borde, el acantilado, entre matas floridas de cardenales rojos, de cardos enanos y de montones deshechos de piedras cuarzosas, un asno inmóvil, con las grandes orejas caídas, recortaba su angulosa silueta contra el mar azul. Ni un estremecimiento recorría su piel que peinaba el viento, no giraron sus ojos al aproximarme.

Estuve largo tiempo observándolo todo. Una viejecilla que vive en la bodega me dió algunos datos sobre los buenos años del puerto.

Cuando regresé vi un grupo de gallinas que paseaban en busca de un grano extraviado y allá, al fondo, al asno inmóvil con las orejas abatidas.

Volveré en ocasión próxima, porque deseo bajar por

el camino que conduce a las otras bodegas que se encuentran a la vuelta del mar.

Mucho le ha recordado, su amigo

Pedro Prado.

Cartagena, 26 de enero, 1913.

Cartagena, lunes 2 ó 3 de febrero, 1913.

Sr. Manuel Magallanes Moure, Santiago.

Mi querido amigo, acabo de llegar de un pequeño viaje a caballo que hice al interior, a la aldea de Lo Abarca. Vengo un poco cansado y sin embargo he tenido deseos de escribirle. Es verdad que algo me han repuesto las once que terminé de hacer: miel de abejas y galletas y duraznos en jugo y un tazón de leche; y luego vino nuevo, transparente y rojo, antes, con y después de la miel y de las galletas y de los duraznos. Borracho no estoy; pero estoy alegre, animoso, dicharachero. He aquí como, a pesar del cansancio, escribo con la faz sonriente y satisfecha de un canónigo que eructa ruidosamente. Yo guardo mi reconocimiento religioso por este vinillo, sangre del Cristo verdadero, que me torna espiritual, contento y bondadoso. Quisiera escribir en su honor una oda, o cosa por el estilo, en que pudiera decirle:

...por besarte te bebo, etc....

Siento tibia la sangre y la adivino más clara y ligera. Retoza en mis arterias como una chiquilla loca.

Y qué viajecito el que acabo de hacer. El paisaje tiene

sobre mí todo el poder de la fascinación. Mucha de mi actual alegría, de él proviene; mucha parte de mi ligera embriaguez, la he bebido en el aire embalsamado con las chilcas del estero.

Ud. debe conocer el camino que va por las canchas de carreras y sigue, por el pequeño valle, hacia el interior. A la izquierda del camino, de polvo suelto y blando, se alzan algunos ranchos tan miserables como pintorescos. Una puerta que se abre hacia un interior oscuro y enhollinado; un ventanuco sin vidrios; una explanada, endurecida con el trajín de las gentes; un perro que duerme; gallinas que escarban; un peral viejo; una escalera apoyada contra paredones de casa destruida; ramaditas de boldo oloroso. Al pasar, una muchacha de cabellera abundante se esconde; un campesino asoma la cabeza y luego tranquilamente continúa su monótona charla con personas que no diviso.

Bajo la sombra de los árboles, tres caballos ensillados se espantan las moscas. Y cuánto silencio en el aire y en el reposo de los cerros! Y cuánta confianza en las dunas que alzan el vuelo con desgano, después de dejar en el camino las huellas menuditas de sus dedos de abanico! Y los cururos pasan a cada momento de un matorral a otro. Y arriba los jotes trazan vuelos lentos y circulares y sus sombras corren por la tierra. Y más arriba que los jotes, más llenos de serenidad que todas las cosas, nubes de una blancura deslumbrante vuelan proyectando sobre los lomajes ondulados grandes sombras de pájaros fantásticos.

El camino angosto va entre arbustos y árboles criollos de follaje oscuro, persistente y coriáceo que el polvo trueca en un tono triste y opaco. Al trepar los primeros

lomajes, pasado el cementerio y la arena gruesa del estero, terminan los árboles y profundas torrenteras se abren formándose los límites naturales. A medida que se asciende, sopla con más furia el viento, y los cardos y los quiscos tienen siluetas hermosísimas, bien contra las nubes, bien contra el cielo azul profundo de las cumbres.

Llegado arriba, una perspectiva ininterrumpida de lomas y lomas se extiende en todos sentidos: lomas de colores variados, pardas si se encuentran en barbecho, rubias si aún amarillean los rastrojos, verdinegras si los renuevos de la montaña las han vuelto a cubrir. Y un camino hacia la derecha, y otro al frente de amplias revueltas, y otro a la izquierda que trepa audazmente las laderas empinadas. El primer camino lleva a Malvilla, el segundo a Casablanca, el último a El Algarrobo. No sabe Ud. cuánto gusto me proporciono con sólo oír los nombres de los pueblos. Como símbolos que los nombres son, creo adivinar al modularlos los pueblos que indican, y sus casas características y sus habitantes y los campos que deben de ofrecerse a los ojos de ellos.

En la hondonada hacia donde convergen los caminos, está Lo Abarca; construcciones rústicas, entre arboledas desordenadas, orillan a dos o tres calles angostas que zigzaguean. Visto el pueblo desde la altura, creí encontrarme ante los caseríos que imagino de Castilla, la Vieja; ya en él hice memoria de El Pueblo Gris de Santiago Rusiñol.

Mil ideas cruzaban por mi cabeza, mientras recorría sus calles silenciosas, que despertaban con el ruido que hacían los cascotes de mi caballo. Deseé vivir allí un tiempo, e intimar con todos sus pequeños y humildes propie-

tarios. ¡Qué aspecto tendrá el largo invierno, solo en esa aldea lejana!

Pronto renacieron em mí mis eternos deseos, deseos de excursiones y largos viajes, por este mi País que tanto quiero. Y entonces me he acordado de Ud. como del compañero ideal, y en la imaginación me vi recorriendo los pueblos escondidos en una peregrinación que Ud. compartía con igual entusiasmo.

El recuerdo que hiciera de Ud. me dispuso a escribirle una carta y el vino me dio fuerzas para concluirla. El miércoles voy a Santiago.

Lo abraza

Pedro Prado.

Post scriptum. Perdone, pero olvidaba decirle, y con toda franqueza, que me gustó mucho la poesía que incluye en su última. Por mi parte creo que pueden ser de su agrado algunos poemitas que he escrito sobre el mar y otros dos que llamo Los paseos solitarios; uno de ellos trata sobre las dunas.

Por supuesto que el mismo miércoles, si Ud. está en Santiago, comeremos juntos.

Prado.

He releído esta carta y he cerrado los ojos, porque de otro modo no se la puede leer bien. ¡Al fin y al cabo no está escrita como conviene sino como con vino!

Mi querido amigo, no me resigno aún a acostarme en esta hermosa noche de luna. Cojo un diario y luego otro y otro; voy a mi escritorio, revuelvo los libros, abro alguno

a la ventura, leo un párrafo y, en seguida, lo arrojó sobre el montón. Quedo largo tiempo mirando las paredes, después el techo y, por último, la luz de la luna que entra por la ventana abierta y que dibuja, en el alféizar, la sombra que proyecta la reja de fierro. Pero todo lo miro como sin verlo casi. Ni es fatiga, ni es hastío, ni es pereza. Vivo este instante sin vigor, nostalgia ni esperanza. Vivo a media vida. No experimento goce ni dolor. Si escribo es porque alguien me dicta.

Nuevamente he vuelto a Santiago. Lejos están mujer, hijos, amigos. Poco relieve tienen ahora todos para mí.

He quedado convenido con Alberto Ried en hacer un viaje a Punta Arenas. Pero la idea del viaje me tiene sin cuidado, ni deseo. La inercia me llevó a pactar un compromiso cuando ya el entusiasmo había pasado. De buena gana fuera y no fuera a la vez. Creo que llegaré al Canal Smith y le diré, con el poco entusiasmo que se pone en las fórmulas sociales: "tengo mucho gusto de conocerlo". Así, sin deseo de excentricidad, ni de ironía.

¿Recibió la carta que le envié a la correspondencia sobrante? Reclámela para que vea hasta qué extremos conduce el aburrimiento.

El viernes próximo parto a Puerto Montt. ¿Partiré? Mañana regreso a Cartagena en donde permaneceré hasta el jueves.

Buenas noches. Apagada la luz y metido en la cama por largas horas durmiendo iré más lejos que en cualquiera de los viajes posibles. No sentir nada, ser como si uno fuera nada. Y sin embargo no es esa la felicidad aunque se le parece bastante.

Buenas noches! Repito las despedidas como los borrachos que no se deciden a separarse. Buenas noches!

Magallanes. Buenas noches! Quizá mañana cuando despierte, cuando llegue de regreso de remotas regiones, llenos aún mis sentidos de la grandeza y de la serenidad que en ellas los envolviera, contemple asombrado el cuarto y los muebles del cuarto. Todo será pequeño, estrecho, brusco y ridículo. Aun el sol, el gran sol, me parecerá un detalle pretencioso y mezquino. Tendido de espaldas esperaré que el mundo se haga en mi conciencia y, por fin, cuando llegue el olvido de mi anterior estado, sonreiré como Lázaro a la vida. Y la mañana será alegre como una juventud.

Buenas noches!

Pedro Prado.

Chacra Sta. Laura, enero 7, 1914.

Sr. Manuel Magallanes M., Valparaíso.

Mi querido amigo, el primero de marzo próximo aparecerá Chile Contemporáneo, revista literaria. No tendrá un director sino un comité formado por Manuel Magallanes, Armando Donoso y el que suscribe. En pocos días más quedará terminado el contrato por escritura pública con la Imprenta Universitaria y por el cual los Valenzuela Basterrica se darán por recibidos de una suma de dinero dada que representa el valor de los doce números de un año. Este contrato, en su parte principal, se reproducirá en una de las tapas de la revista para dar garantía al público de la seriedad de nuestros propósitos.

El formato será el de la Lectura y Mercure de France, y el tamaño de la página impresa un poco menor que el de

esta última revista. El número de páginas fluctuará alrededor de 80, o sea, cinco pliegos.

Donoso y yo estamos de acuerdo en todo. ¿Acepta Ud. el trabajo que le ofrecemos? ¿Le parecen bien nuestras determinaciones?

Lo importante es el administrador. Donoso cree que el hermano de Honorio Henríquez sería apropiado. ¿No conoce Ud. a alguien que entienda el negocio? En último caso y con la debida anticipación, pondré un aviso solicitando un administrador que ofrezca garantías. No tendrá sueldo sino participación en las utilidades, quizás el 30%.

Me parece inútil decirle que mi objeto no es el de ganar dinero... ni el de perderlo. Y esto último más por la revista que por mí.

Yo creo que si hacemos una réclame en forma (que nada de particular tiene, desde luego que se trata de una obra de evidente beneficio para todos) por la prensa y por todos los medios a nuestro alcance, el éxito es seguro.

Ahora por lo que toca a la dirección creo que el comité da más garantía de variedad para el público y de acogida para los autores. Y como no nos andaremos a trompadas para imponer cada cual sus ideas, el trabajo en común servirá para que sea más sólida la amistad que nos une. Además, el trabajo fatigoso de la dirección, al compartirlo, se hará más llevadero.

Me he acordado de Ud. antes que de otra persona porque si aún piensa como hace poco tiempo, creo que le agradará ponerse a la cabeza de una publicación como la que le anuncio. Y tenga Ud. por seguro que el hecho de que yo sufrague los gastos no quiere decir que vaya a llevar en ella la cruz alta, seré alguien con tantas atribuciones y no más que las de Ud. o Donoso.

Dígale a Gustavo Silva que cuento con él y vea modo de conseguir alguna lista de buenos agentes de Sucesos. Creo que esto nada tiene de particular desde luego que dada la índole de nuestra revista no le vamos a hacer competencia.

No entregue a la publicidad los trabajos que tenga, guarde algunos para Chile Contemporáneo. Necesitaremos mucho material de modo que no sea manirroto.

Contésteme a Cartagena pasado el jueves de la presente semana, o a Santiago, casilla 1242, si me escribe antes de esa fecha.

Deseo que su señora se haya mejorado bien y que su chica esté sanita y alegre.

Cariñosamente lo saluda su afmo. amigo.

Pedro Prado.
Stgo., enero 20, 1914.

Cartagena, 7 de enero, 1914.
Sr. M. Magallanes M., Valparaíso.

Mi querido amigo, acabo de recibir su carta y ya me tiene Ud. contestándole. Ante todo hablemos sobre Chile (sin sus apellidos, ni m... ni contemporáneo). Tiene Ud. razón en preferirlo limpio de adjetivos que lo limiten. Chile —revista literaria—, con letras pequeñas en la línea siguiente, y basta. No sé la opinión de Donoso; pero ya estamos en mayoría y si no se doblega, palo con él. Y esto para mayor avenimiento.

Respecto a las secciones en que pudieran dividirse las páginas, mucha elasticidad. Bibliografía a firme y además un proyecto que paso a comentárselo. Si no lo acepta recuerde lo del palo, porque estamos convenidos con Donoso. Y esto para mayor armonía.

Pienso que sería interesante iniciar, desde el primer número, una biografía o estudio crítico breve sobre los diversos autores que se han destacado desde Pedro Antonio González hasta nuestros días. Un retrato en líneas (Como el que Ud. hizo a Wagner), la biografía y la crítica y luego fragmentos (o bien completos) los mejores trabajos que haya escrito. Dedicaremos un pliego (16 págs.) a estas presentaciones para hacer un tiraje aparte de 1000 ejemplares y reunirlos después en un volumen que, aunque parcialmente y salvo diferencias ineludibles, sea algo así como La Noruega Literaria que hace tiempo tuve el facilitarle. ¿Qué le parece? Enseguida ayudándonos de Donoso, Astorquiza y otros, podemos continuar con los autores (los pocos de relieve) anteriores a González.

Yo no hago nada y tengo deseos de hacer algo macanudo, no escribo y tengo ansias de escribir algo gordo, en fin un gran deseo inconsútil y flotante como una nube. Largas excursiones por los cerros. El viento me ciñe como un guante y me azota con los pliegues de la bandera invisible que agita sin descanso. Frente al mar espero. No aguardo un barco ni a persona ni a cosa alguna. Sin embargo, espero, mientras las olas vienen a buscarme. Confuso el pensamiento, la sensación en vaguedad, la acción inconsciente, pero el deseo vivo y la esperanza ardiendo.

Lo abraza su afmo. amigo

Pedro Prado.

Cartagena a 3 ó 4 de feb. de 1914.

Amigo Patillitas home, ¿será tan imposible como Ud. cree su viaje a Pta. Arenas? Como tomaremos el vapor en Puerto Montt, le quedan diez días, más o menos, para pensar una solución más razonable. Mire Ud. que un viaje metido en su tocayo, rumbo a las tierras de su homónimo... No prive Ud. a esas pobres gentes de conocer al verdadero Magallanes y a su Barba. Y como fue abuelo suyo el portugués de Hernando llegaría Ud. a su casa. ¿Qué el frío y el viento? Permítame una ligera sonrisa, porque con esa bufanda que Dios le ha dado... Triste papel hará en su compañía el escudero de Pedro Prado mundo como es y tan pobre de abolengos geográficos que, si no fuera por su Merced, ni Navia podría llamarme.

Perdóneme que nada le dijera sobre los Matices de la viñeta; pero la ilusión era tan perfecta que creía que el papel estaba roto y por allí se divisaba el mar. Busqué en vano en la bahía el velero de tres palos hasta que por fin me di cuenta de mi error. El agua está tan real que mojaría uno en ella las manos si allí cupieran.

Quien diría, amigo Manuel, que todas las sandeces que he escrito las pudiera imaginar con el dolorcito de cabeza y de muelas que ahora me gasto. Me dicen que puchos de cigarro en las sienes curan estos achaques; por si fuera esto tíreme con el pucho que ya le quema los bigotes.

Le abraza sin fuerzas el lampiño de su amigo.

Pedro Prado.

Hablando en serio, busque una solución que le permita hacer el viaje. Los años y las oportunidades pasan, amigo Magallanes. Es preciso forzar las circunstancias poco propicias, porque de otro modo, mano sobre mano, envejeceremos demasiado pronto y de manera lamentable. Perdone los párrafos anteriores demasiado confianzudos para con su persona y para con las cosas que crecen sobre su persona.

Vale.

Cartagena, febrero 10 de 1914.

Sr. Manuel Magallanes M., Valpo.

Mi querido amigo, he vuelto a releer su carta y ya no me pesa el telegrama que le envié. Veo que es demasiada insistencia de mi parte. Si su señora está al cabo de mis maquinaciones, no me perdonará, por cargoso. Siquiera sirva de atenuante la precipitación que tuve al ponerle el telegrama, pues volvía del correo, y con su carta aún abierta, cuando, de pasadita, entré a la oficina donde despacha la misma señora bizarrona y maciza que Ud. quizás recuerde.

La carta que le escribí en la chacra la vine a echar en el buzón de El Monte cuando volvía del viaje a ésta. Ojalá se haya extraviado!

Desde ayer estoy no sólo resfriado sino con una laringitis dolorosa y molesta que hace peligrar mi viaje al Sur. ¿Iré? ¿no iré? Ganitas ahora no me faltan. El día está oscuro, espesas neblinas corren ocultando los lomajes distantes. Hay predisposición a pensar vagamente, en

este día turbio. Si estuviese bueno saldría a vagar. ¡Qué desgracia no contar con un solo amigo en este pueblo!

Hasta luego, querido Magallanes, y no olvide decir a su señora que perdone mis tentativas para atraerlo a Ud. a una escapatoria por tierras lejanas. Cariños a Mireya.

Como creo que no alcanzaré a escribirle otra vez, antes de mi partida, reciba un fuerte y prolongado abrazo de su amigo que lo echará de menos.

Pedro Prado.

Loncoche, febrero 13, 1914.

Sr. Manuel Magallanes Moure, Valparaíso. Imp. Sucesos.

Mi recordado amigo, por la ventana de la pieza en que escribo se divisan las llamas de un roce cercano. En la tarde el sol fijo, las montañas azules y transparentes, el aire rosado, los tranquilos conos de los volcanes Villarrica y Lanín, los esbeltos y elásticos coihues, danzando, los caprichos del viento, el agua rizada y transparente de un río ondulado y perezoso me rodeaban como la visión de un país fantástico en que las sombras eran verdes y profundas y las luces anaranjadas.

Ahora, noche pesada y silenciosa, en este pueblo de ocho años de edad, evoco, ante la vida airada y violenta de saqueos y asesinatos, la monótona vida de Santiago. He escuchado historias enérgicas y entusiastas. La justicia hecha por la propia mano, la venganza, el odio, la rapiña, todo un pasado pintoresco y lejano, vivo y ar-

diente como un roce en las almas primitivas de estos colonos.

Mañana seguimos a Pto. Montt. Cuánto, cuánto lo he recordado. Qué impresión tan profunda habría experimentado hoy observando las graciosas inclinaciones de un bosquecillo cercano de árboles espigados de troncos finos y altísimos que el viento doblegaba como cañas sonoras.

Lo abraza su amigo.

Pedro Prado.

Santiago, mayo 8 de 1915.

Sr. Manuel Magallanes Moure, Melocotón.

Mi recordado amigo, hace un mes estuvo aquí, en la chacra, Eduardo García y por él supe que Ud. se encontraba en El Melocotón. Me mostró una carta suya en la que pude ver que Ud. no me había olvidado.

En dos vacaciones anteriores tuve el agrado de encontrarme en continua correspondencia con Ud. Por lo que a mí respecta, aquello me producía un gran placer porque, aunque nuestra amistad no data de mucho tiempo atrás, tengo por Ud., y perdone mi confianza, el afecto que se siente por un hermano mayor. Y tan acertado es este sentimiento que, salvo detalles que nos distinguen (sus barbas pongo por caso), hay muchos otros que nos asemejan, entre ellos esta flojera que a veces nos coge y que más de una vez habrá sido causa para que nos juzguen

erradamente nuestros más recordados amigos que, por culpa de nuestro silencio, creen les tenemos en olvido.

Todos los días encuentro a alguien que me pregunta: ¿Tiene Ud. noticias de Magallanes? Y luego comentamos muchas cosas que me han probado que Ud. tiene no sólo un gran número de amigos, sino que no posee un sólo enemigo.

Calcule Ud. por ello cómo será nuestra incertidumbre, conociendo, por sus mismas declaraciones, el temor a la precaución que debieron tomar los médicos para cuidar de su salud. Yo no conozco esos rincones de la cordillera y aunque me los imagino muy hermosos, creo que, al fin, la misma soledad y grandeza de las montañas debe oprimir aún más el ánimo.

Y si a todo esto se agrega, como me lo acaba de dar a saber Alberto Ried, la muerte de su hermana predilecta, creo que Ud. bien necesita del recuerdo de sus amigos y por esto me apresuro a escribirle manifestándole mi pensar muy sincero.

Nosotros acabamos de pasar por un trance semejante. Sólo hace tres semanas murió el papá de mi mujer, en medio de la desolación de sus hijos que querían con extremo a quien fue para ellos todo bondad y solicitud.

En pocos días más enviaré a Ud. un nuevo libro mío de pequeños poemas y divagaciones, en prosa. Sé que Ud. no quiere leer ni escribir; pero mi pequeño libro es la expresión de cosas tan íntimas que espero que Ud. lo considere sólo en lo que es: una verdadera prolongación de esta carta. En realidad casi todo lo que yo escribo son como cartas a mis amigos.

Espero que su señora e hijita estén bien y que Ud. se

encuentre tan firme de salud que pronto lo tengamos entre nosotros para proseguir nuestras conversaciones interrumpidas.

Lo abraza con todo cariño su amigo que siempre lo recuerda.

Pedro Prado.

P.S.

Con González hemos pensado ir a verlo, igualmente con Ried y Donoso. Todos se preocupan de Ud. y el pobre Mario Mitjans, que va quedando irremediabilmente sordo, en medio de las tribulaciones que su enfermedad le produce, tampoco lo olvida y me ha pedido que si le escribo lo haga a Ud. presente.

Vale.

Stgo., martes 20 de julio, 1915.

Sr. Manuel Magallanes Moure, Melocotón.

Mi querido poeta y amigo, sé que Ud. ha vuelto por tercera vez a la cordillera. ¡Vaya con el melocotón difícil de mondar! Aunque por algo dicen que "siempre la cabra tira al monte". Y si a este refrán Ud. responde con aquél: "a donde va el buey que no are", yo me quedaré un segundo sin comprender, para en seguida golpear cariñosamente un hombro imaginario, sonriendo con malicia. La vie c'est comme ça, dice Thomson; ¿por qué? preguntamos, parce qu'oui. Parfaitement y adelante con los faroles agregaría el otro gabacho de Lisandro Telices (su amigo Lisandro).

No creo que Ud. a tales alturas (alturas va en doble sentido) olvide a los amigos. Pero su recuerdo sólo será uno de esos actos pasivos o más bien de esos pensamientos pasivos en los que todos le reconocemos como el más consumado maestro. Dejarse amar de las mujeres, querer de los amigos, servir de los demás... Tengo la certeza que Ud. gusta que le rasquen la cabeza y la espalda. Qué quietecito se quedará el grandísimo flojo. Dígame, amigo Magallanes, no supone Ud. que la pereza debe gastar barbas como las suyas.

De seguro que Ud. experimenta un gran goce callado cuando, mano sobre mano, en medio de las horas muertas, siente cómo le crece esa barba que Dios le dio y San Pedro ha bendecido.

En medio de todo este vivir vegetativo ha recordado Ud. nuestro compromiso? El de la exposición de cuadros que haríamos en "El Mercurio"?

El tiempo pasa, y pasa y no me llega una palabra suya. Metido en ese Melocotón ¿está Ud. pintando?... pero con pinceles, vamos!

Sí. Pues bien, y cuántos cuadros ha hecho? Yo necesito tener algunos datos. Por mi parte, si no me equivoco en la calidad, creo poder presentar, por lo menos, unos treinta y cinco. Con quince que Ud. reúna, estamos listos y si reúne mayor número, pues tanto mejor.

¿Será Ud. tan fino, tendrá Ud. la amabilidad de contestarme?

Vaya con el amiguito Magallanes, quién pensaría que con esa cara pálida, esas barbas graves y ese andar reposado... Bueno es el cilantro, pero no tanto, mi apreciado poeta.

Su amigo, como de costumbre, vive en Mapocho 3981;

es la 1 ½ de la tarde del martes. Apostaría que Ud. duerme la siesta a pierna suelta.

Disculpe la broma y crea en su amigo.

Pedro Prado.

Stgo., julio 25, 1915.

Sr. Manuel Magallanes Moure, El Melocotón.

Mi querido don Magallanes, su carta, que recibí hace tres minutos, me encontró con los pinceles en la mano. Como todas las cartas suyas y todo lo que sale de su pluma, me ha hecho gozar con las nítidas y hermosas evocaciones que despierta. Por un instante he estado con Ud., en el cenador y luego hemos ido al Club. ¡Qué hermosa la vista que desde allí se domina! Los árboles, desnudos por el invierno, qué serios están y qué olvidados! El cielo, qué agua tan mansa, azul y profunda. Me parece verlo como un mar dormido o, más bien, como la sombra o el espíritu del mar. Y cuán amigos somos nosotros del mar; su continuo llamado nos habla como una voz más penetrante que la del amor femenino. Por qué extrañar, entonces, que mientras observamos esa liviana e infinita agua dormida extendida por sobre nosotros, por sobre la casa, los árboles y las altas montañas; ¿por qué extrañar que quisiésemos como al borde de una playa aventurarnos en la azul soledad?

De un vuelo he regresado desde Melocotón a mi chacra. Por liviana que sean nuestras fantasías y por más altas que las elevemos alguna vez caen y se estrellan de

nuevo contra la realidad, como las piedras que lanzamos al cielo y que sin alcanzarlo, nunca se quedan, siquiera, en las alturas del aire. Prueba de que nuestras ilusiones y pensamientos tienen mucho de carne y sangre nuestra. Un día ellos también morirán, un poco antes o un poco después de nosotros. La parte de nuestra sangre y carne que hay en ellos, los pierde y hace que se descompongan y desaparezcan.

Ayer fue para mí un día triste. Anoche lloré. Cuánto tiempo hacía (años) desde que tuviera otra tristeza igual. Dolor sin motivo, y fatiga de dolor, cansancio de un trabajo desconocido y desengaño ante una esperanza que nunca imaginamos.

Mientras, trabajo y busco dar empleo a mi vida. Actualmente trabajo por el arquitecto Julio Bertrand, buen artista y antiguo compañero del Instituto Nacional. Todas las tardes de 1 a 6, después de subir por el ascensor del nuevo edificio de Estado y Moneda, dibujo y dibujo. Soy su ayudante y tengo un tanto por ciento en las utilidades. Si viene a Santiago pase a verme. La oficina está en el 3^{er} piso y es muy fácil dar con ella. Bertrand tiene plancha. También puede indicársela el muchacho que atiende el ascensor.

Su carta me deja en ayunas sobre nuestro proyecto de exposición. Creo que lo mejor sería que la hiciésemos cuanto antes. Yo tengo mis cuadros listos. Dígame, después de pensarlo bien, es decir, después de recordar los buenos cuadros regalados o dispersos que Ud. ha hecho, ¿cuántas telas cree poder presentar Ud. en el próximo mes?

Nuestra exposición sería sui generis y aunque nos

podrían decir: buenos cuadros para poetas y agregar buenos versos para pintores, y aunque a Rocuant Hidalgo Félix le revienten los híbridos, creo que sería un acto simpático.

Muchas cosas me han ocurrido desde que nos vimos y algunas de cierta importancia (en contra se entiende). Paciencia y barajar.

Saludos a mis lectorcitos (como diría Montalvini).

Ayer pasé por Navia y le recordé, ahora le escribo y devuelvo su cariñoso apretón de manos.

Pedro Prado.

Cabe Navia, 10 4 de la Luna Cálida.-

Año 10 1 del Claustro y 1 / 10 de la Barca.

(Cielo revuelto, turbio y ventoso.)

Hermano Melo-Cotón, gracias sean dadas al Uni por tu regreso. Que tus barbas aquí abajo, como allá arriba, prosperen como gráciles hierbas; que tu frente gane en espacio y sea un verdadero hipódromo das mosas y que todo tu original apostura alcance pronto un aspecto legendario. Sea así.

El ves (jue se suprime como todas las primeras sílabas de los días de la semana; porque después de haber escandalizado a las mujeres del círculo de lectura con mi respuesta al hombre de la coca-bi, quiero hacer acto de penitencia suprimiendo cuánta sílaba pueda ser comienzo de grosería p. ej. Mie, Jue, etc.

De modo que los días de la mana (se es tirado a cochino) son los siguientes: Nes, Tes, Coles, Ves, Segundo Nes, Do y Mingo.

El Ves próximo a las 5 ¼ habrá claustro pleno en la oficina o trastienda del Hermano Zorzal o Arquitecto. No faltes y se puntual.

Me regocija la idea de agarrarte el codo y ver ese guiño tan arrugado que haces para reír sin dar libertad al pitillo.

Hasta el Ves Melocotón hermano. Grandes saludos. Y un apretado abrazo litúrgico. ¿No sabes cómo es el abrazo litúrgico? ¿No? Pues yo tampoco. Sea como fuere, recíbelo.

Pedro.

En el primer margen: Sombra obtenida con mi firma.

En el segundo: Obtenida con mi nombre y si no es retocada.

A 20 de la Luna Apacible, año II del Claustro.

Mi querido hermano Melo-Cotón, debes encontrarte un poco disgustado conmigo. Pero, qué diablos! la vie c'est comme ça. Y luego, tú debes tener en cuenta que ya está sano del todo nuestro terrible Hermano Tordo. Culpa de él, que no mía, fue la del desaguisado con rimas, que contigo cometimos.

Ahora necesito pasarte la mano por el lomo, y hacer otras cuantas manifestaciones que me permitan exteriorizar la simpatía que te tengo y la necesidad de tu ayuda y consejo.

Has de saber que Omer Emeth, después que todo el mundo me inflaba, viene y con un simple pinchazo me ha dejado seco y en un estado miserable.

Como Los Diez andan volando en La Barca he recurrido al pobre viejo que teníamos en el Claustro. Te acordarás de Jerónimo Urdaneta, el que nos servía de portero. Con los datos que él me ha dado contesto a O. E. en Las Ultimas (según me dijo Nadir el artículo aparecerá, por ser largo, sino hasta el jueves).

Es posible que sean verdaderos estos rumores que cuentan que el Hermano Errante anda en Santiago. Si esto fuera efectivo estoy salvado.

En fin, mi querido hermano, que me encuentro metido en una aventura. Por ahora, y hasta en dos o tres artículos más, me puedo batir yo solo, pero para en adelante quisiera contar con tu apoyo moral.

Te prometo que mi campaña contra O. E. no me desacredita, puesto que espero que una vez pague parte del ridículo correspondiente al hecho de resollar por la herida, el saldo que quede a mi favor, sea bastante crecido.

¿Por qué hasta la fecha no recibo carta tuya?

No seas ingrátón que eso está mal, muy mal, sobre todo en un hombre que como tú tiene su tiempo libre.

Dándote la mano hasta el codo, te hace cosquillas en el huesito de la alegría tu hermano.

Pedro.

En el tercio de la primera página el borrón formó una figura muy regular en donde Prado puso: El cuero de O. E.

En el tercio de la página final hay una especie de cruz

sobre la cual se lee una leyenda manuscrita de Prado: Simbolismo de O. E. Bajo ella, en fin, otra leyenda que dice: (ambas figuras han sido deducidas.)

En ese mismo tercio de la página final se agregó a mano lo siguiente:

A última hora, en Pleno Claustro hemos acordado Los Diez almorzar juntos el domingo próximo. Hay gravísimos e importantes asuntos que tratar. Al que falte excomunión mayor. Ya lo sabes.

Habiendo faltado el papel, siguió escribiendo, siempre con lápiz, en el reverso de la primera cara de la esquila:

Pasa el domingo a las 10 por casa del hermano Leng (Catedral 1545) que te estará esperando para ir juntos al punto de reunión.

El almuerzo será sin capa. No olvides llevar de \$ 5 a \$ 10 por lo que potes contingere.

Estas dos leyendas con lápiz se leen no en líneas horizontales sino verticales.

Año II del Claustro, a 17 de la Luna Apacible.

Hermano Melo-Cotón, hoy, por mi mujer, supe tu desgracia. La mala suerte se ha cebado contigo. Créeme que lo siento muy de veras, porque no ignoro cuánto quieres a tu familia.

Los Diez salieron, ya que no en La Barca, por lo menos en un libro. Van a rodar tierras y mares y si las gentes

siguen empeñadas en echarles viento es posible que vuelen.

Habrás sabido que me han descubierto (No es que estuviera de tapadita.). ¡Qué poco me conocían Uds. y me conocía yo! Aunque ya se ve, mi origen viene de tan alto y de tan lejos. La bestia del Apocalipsis tiene el número 606, yo tengo mayor graduación. Después de prolijos estudios, el Hermano Nonato se ha convencido, y así lo ha proclamado, que mi última obra es perfecta. Y E. Barrios, en La Mañana, dice que por ahí me las ando con Budha y con Cristo. El secreto está en que Dios es mi tío.

Con el tiempo ¿me crucificarán? Sería molesto, sobre todo porque los ladrones criollos, que me acompañarían en la crucifixión, de seguro que van a ser personas conocidas. Dicen las malas lenguas de mis buenos amigos que en estos últimos días voy pareciéndome extraordinariamente al Abate Molina. Este asunto me preocupa más de lo que tú puedes imaginarte, porque en el dedo chico del pie izquierdo me ha salido una dureza creciente que bien puede ser el anuncio de que por allí me va a brotar un pavo semejante al que tiene adherido el ilustre naturalista.

Cosas extraordinarias me están ocurriendo a mí como a mis demás hermanos. Paso a referirte algunas pruebas que manifiestan la buena relación en que nos encontramos con El Hermano Errante.

Extracto de los Documentos para la canonización en grupo de Los Diez.

1. El 14 de la Luna Apacible El Hermano Leng, a la hora del expreso, salvó de un atropellamiento y muerte segura a una joven en la calle Matucana esq. Catedral.

Era una joven que era y que, en cuanto era, quería seguir siéndolo.

1. El 13 de la misma Luna, por visible influencia del Hermano Errante, se invitó el traer a la vida a un ser que era y no era y que en cuanto era no lo deseaba y en cuanto no era, tampoco. Esto ocurrió en una casa frente a Santa Ana.

Te acompaño el calendario obtenido por revelación.

Los años comenzarán a contarse del 1915 en adelante pero se principiará con el 11 (colige las razones). Los meses tendrán los siguientes nombres:

Enero	La Luna Vagabunda
Febrero	" " Feliz
Marzo	" " Resignada
Abril	" " Indecisa
Mayo	" " Melancólica
Junio	" " Escondida
Julio	" " Olvidada
Agosto	" " Fiel
Setiembre	" " Florida
Octubre	" " Pródiga
Noviembre	" " Apacible
Diciembre	" " Cálida

Los días del mes se contarán quitándole diez a la fecha común y en los primeros diez días escribiéndolos en forma de quebrados $\frac{1}{10}$ $\frac{2}{10}$ $\frac{7}{10}$ ($\frac{10}{10}$ no se escribirá así sino con un cero y será día de fiesta y de guardar... cualquier cosa). Sobre los días de la semana no he tenido comunicación alguna. Es posible que los zepelines las hayan espantado.

No te escribo más, porque tengo que inscribir roteques en Barrancas. Iré vía Navia. Ahora, en verano, no hieden a pan sino a levadura.

Arrodíllate, Hermano Melo-Cotón, barre con tus barbas el suelo y recibe la bendición del sobrino de Dios.

El Hermano Peras Pedro Prado.

Según el esquema indicado en la propia carta, la fecha debe leerse 27 de noviembre de 1916.

En el tercio derecho de la primera página de esta carta se lee:

(Sólo se escribirá en los tercios interiores de la esquila y en la parte superior del margen se echará una mancha de tinta que al oprimirla entre el papel doblado nos ofrecerá un pensamiento o un borrón.)

En mi casa $\frac{5}{10}$ de la Luna Cálida,

Año II del Claustro y 1º de La Barca.

Querido Melocotón, a mi regreso del Claustro me encuentro con la epístola que me envías desde la montaña. ¡Qué bien me ha hecho! No por lo que de mi libro dices, sino por contener palabras que, como tuyas, sólo pueden ser amigas.

Admiro la sutileza de tu casuística ante las peripecias del sapo y gozo porque veo que te has compenetrado como nadie con las doctrinas y fundamentos de nuestra orden. Te adivino en olor de santidad. Perfume parecido al de un melocotón en plena madurez.

Hemos hecho hoy un esfuerzo extraordinario por fabricar alegría y libertad. Simples aprendices así salían

nuestras manufacturas. Sin embargo, creo que todas cuantas tristes y desesperadas estupideces hemos realizado hoy, con el pasar del tiempo se patinarán y serán agradables a la memoria. ¡Quién sabe si nuestra fábrica es más que nada una usina donde se entretejen cosas que recordar! el presente va siendo, para mí, algo que nada vale: charro, recortado, grotesco, burdo. Si no fuese que es el punto de apoyo para forjar fantasías y para recordar historias, yo lo aborrecería con toda el alma.

Bien quisiera que no fuese broma lo que voy a pedir: ¡Qué se lleven el presente. No lo queremos!

Con el verano, como si fuese una fruta, todos los años madura en mí una tristeza tan espontánea que parece una baya silvestre: agria siempre, mezquina de apariencia y abundante como las cosas inútiles y despreciadas.

Perdona si voy a enturbiar tu ánimo. Vengo de la fiesta y del mismo modo que se hace demasiado sensible el silencio que sigue a la algazara, así se me presenta este mi yo cuando, después de estar con todos, vuelvo a estar solo conmigo mismo.

Pedro.

El dibujo de tinta de la primera página no lleva ninguna leyenda; en el margen de la segunda se lee:

Mi casilla es: 1242.

Mi casa, Mapocho 3891.

Mándame datos sobre el viaje a Melocotón y dime si es posible alojar por allá y si mi visita no te será inoportuna. (Franqueza gasta, te lo agradezco.)

4/10 de la Luna Cálida

Año II del Claustro.

Melocotón hermano, ¿cuántas misivas me has enviado? En la de la Gorgona viene una alusión a una del hombre del ojo con tapa de vidrio, nuestro bien amado Ricardito Richo-Brunet. Yo no he recibido sino aquella en la que solicitas mi libro.

¿Sabes tú, sea dicho de paso, por qué Ricardito usa aquel lente? Pues para que a través de él le veamos grande. (Esta es una revelación del Unicornio ¡bendita sea su ayuda inagotable!).

En cuanto al hombre de la bi-coca he de decirte que, a juzgar por su silencio, el golpe fue dado donde más duele a un hombre. Tu comprenderás! de seguro que al pobre se le ha cortado hasta la respiración.

Lamento tu inasistencia al almuerzo de mañana. Yo veré modo de que la excomuni3n se trueque en otra pena más llevadera. El almuerzo será al lado del Cerro Navia, bajo los sauces y al borde de una laguna. Desde allí se divisan las ruinas del Claustro. De la barca queda en la laguna un bote que dejaron olvidado Los Diez. Hay casi seguridad de que el Hermano Errante va a llegar y revelársenos.

Por primera vez usaremos el hábito de la orden, una manta con tres agujeros, uno para la cabeza y los otros para los brazos. Uno más pequeño sólo fue acordado en minoría. No tiene objeto. Con arremangarse basta. Escribe más largo y déjate de apequenadas.

Leeré tu carta en el almuerzo. Siempre tuyo.

Pedro.

En el margen de la primera carilla: El hombre de la bicoca sentado en las barbas del Unicornio y del Hermano Errante.

En el margen de la segunda carilla: Este garabato incomprensible, asombráte, Melocotón hermano, es la imagen de la mujer más hermosa de marte o de miércoles, no estoy bien seguro.

En la Torre de Los X, a 12 de la Luna que viene.

Y para que el recuerdo fuese inmortal, nevó

Carlos R. Mondaca.

Moure, te saludo, yo tu hermano, humildemente saludo al hermano que perdiera su barba. Al dueño codiciado de aquella gran barba, que caía con la paz de una nevada negra. Te saludo y me prosterno. Tres veces me prosterno. Y créeme que tan cerca alcanza mi rostro del suelo, que de tener yo una barba, siquiera mezquina, ella estaría barriendo la tierra. El hado no lo ha querido. El hado sólo ha dispuesto que te escriba como él te escribiera o Cariola y Frontaura, tan helado estoy.

Perdona hermano el epígrafe. Pero él rezuma verdad. Los hechos pequeños que ocurren en los grandes días se aprovechan de su grandeza. Te envió el prólogo. El quedará unido a la magnificencia de esta gran nevada. Alabo la sabiduría que El que todo lo puede porque había destinado un enorme acontecimiento para que en él se realizase una acción tan pequeña.

He estado enfermo, hermano. Aquel dolor de la nuca, en San Bernardo, fue, en Santiago, reuma de cinco días.

Nuevamente me prosterno al despedirme. Lo hago en tu honor y lo hago por hacer ejercicio y calentarme. Te

escribiría danzando, danzando enfurecido. Hay pocas cosas que despierten tal alegría como la nieve, los amigos y la fantasía sin objeto. Te abraza.

Pedro

Sr. Manuel Magallanes Moure, El Melocotón.

Mi querido amigo, estarás (no olvidar que ya nos tuteamos), estarás, repito, en conocimiento que Augusto Thomson, alias D'Halmar, al parecer encarnación de El Hermano Errante, se encuentra en Santiago.

Thomson tiene grandes deseos de verte y nosotros dudamos que tú tengas parecidos sentimientos. El sábado próximo lo tendré a almorzar en compañía de González, Leng, Donoso, Valdés Rafael, Acario y Ortiz de Zárate. Espero que no tengas inconvenientes para venir ese día a Santiago.

Te esperaremos en la chacra hasta las 12 $\frac{1}{4}$.

Cariñosos saludos.

Pedro Prado.

Stgo., abril 18, 1916.

Viña del Mar, feb., 7 1917.

Querido Manuel, tu resolución no puede ser definitiva. Debes convencerte que te has equivocado. ¿Inconvenientes delgados como hilos te detienen? ¿Y a quién no le faltan, y dónde no comienzan a entretejerse alrededor nuestro?

Lo primero que debes hacer es decir: ¡voy a Viña del Mar! Verás tú cómo los asuntos que te entraban se te hacen, desde ese mismo instante, más pequeños y solucionables.

Un hombre que va a partir dentro de poco y por largos meses al extranjero ¿puede estar todavía preso en preocupaciones y quehaceres insignificantes? ¿Y si el "Ranagua" hubiese zarpado hoy? Además, Manuel, si tú eres flojo, no te creo capaz de embrollarte en cosas nimias.

No para tentarte, sino, para allegar considerandos, voy a describirte, gráficamente, la casa:

Como puedes ver tengo el mar a 50 metros de la casa, y sin que obstáculo alguno me deje gozarlo. Como no voy al paseo, los paseantes vienen a donde yo estoy. Desde el kiosko, un gran kiosko, construido sobre una roca alta, domino el ir y venir del lujo, la necedad y la falsa alegría. A veces, sin embargo, es pintoresco y agradable de ver.

La casa tiene dos pisos y buen aspecto. El jardín es grande y cuidado y tiene pinos, mangos y otros árboles enormes y viejos que le dan un aire de refugio e intimidad.

Tú no sabes cuán hermoso está el día. Ha amanecido nublado, con nieblas azulinas que exageran las distancias y disuelven el horizonte marino. En todo el aire frío y oloroso hay unas ansias de ir hacia países desconocidos. Pequeños remolcadores y un gran vapor, que la bruma vela, agitan más aún estos deseos incontenibles.

Manuel, te espero. Un telegrama. No perdamos los días. Quedo aguardando.

Pedro.

Mira, toda disculpa es inútil; lee el recorte de "El Mercurio" de hoy: el "Rancagua" va... al Callao.

Al término del cuarto párrafo ha sido intercalado, en la esquina inferior izquierda, un ligero croquis de ubicación de la casa de la calle Marina 310 a que se refiere la carta.

Chacra Sta. Laura 22 set., 1917.

Querido Manuel, perdona, por esta vez, mi laconismo. Ya me desquitaré.

Por este correo van una carta y una encomienda para la señora Teresa. En la encomienda van dos boquillas para tí.

En paquete aparte, dirigidos a tu nombre, van La Reina y todos los Pájaros Errantes. Cuida que no se vuelen.

Ignoro el nombre de la Srta. Oyarzún; como los libros van dedicados, te ruego imitar mi letra agregando el nombre de pila que falta.

¿Contestan de "El Mercurio"?

¿Vienes el 6 de octubre?

Mucho agradecí tu carta. Guardo de todo aquello un recuerdo que cada día se depura y embellece.

He quedado muy agradecido de tu acogida tan cordial. Te abraza.

Pedro.

Pasado escribiré más largo.

En el margen izquierdo una última anotación: Aún no han dejado tu llave donde Miranda. Pasé ayer.

Set. 30, 1917.

Querido Manuel, si en verdad yo no me he parecido un poco a Mr. Jones, en cambio francamente, no sé a quién compararte.

Mi ofrecimiento no fue más allá de llevar tus cuadros y escoger para ellos moldura, pero, tú me perdones, me es imposible hacer los viajecitos que me indicas. Y me es imposible, porque estoy atareado en terminar un cuadro grande que deseo enviar al Salón.

Recuerda todos tus trajines de nuestra primera exposición (catálogo, invitaciones, etc.) y piensa en si, sobre todo eso, me va a quedar tiempo libre para nuevos afanes.

Agrega que debo escribir un artículo sobre la exposición de González que se abre mañana, y dime si me quedarán ánimos para ejecutar, con los escasos días que quedan, nuevas cosas sobre las imprescindibles.

En la duda que me tenías, sobre si me acompañas o no, no he podido liquidar algo, como por ejemplo los catálogos.

De esta carta espero que recibiré respuesta el miércoles 3 de octubre, a mediodía. Como los marcos deben estar listos el 9, y el 7 es domingo, quedarían sólo cuatro días hábiles, tiempo que estimo muy al justo, para todo lo que nos falta preparar. Pero debes enviarme los cartones (todos los que deseas presentar), la lista con los nombres y los precios y también la lista de tus relaciones para enviarles invitación.

Creo que sólo hay correo martes, jueves, sábado y domingo, de modo que si no me mandas todo el martes, por el tren de la tarde, para el jueves ya sería tarde.

Si te confunde tanto apremio, piensa en el mío.

Te ruego no olvidar ningún detalle necesario. ¿Si los olvidas cómo voy a subsanarlos? Entonces sin temor a que pensaras mal de mí, me vería obligado, por la fuerza de las cosas (tengo comprometido el salón) a presentarme solo. Saluda al gran pachá.

Pedro Prado.

Stgo., nov. 7, 1917.

Querido Manuel, puedes imaginarte cuánto me alegro que tus proyectos vayan a realizarse y, según veo en la prensa, en forma espléndida porque el "Maipo" se va por el Atlántico.

¿Cuándo es el viaje? Quisiera hablar contigo antes de que tus últimos trajines te absorban todo el tiempo.

Espero que por tu casa no haya novedad. Aquí todos bien y Pedrito siempre encantado del espléndido día que pasó en San Bernardo.

Yo, trabajando en Curcuncho, pero al llegar esta hora (2 a 5) de la tarde, comienzo a sentir la tristeza y decaimiento que me sobrevienen todos los veranos.

Indica una hora en que podamos charlar. En cuanto al automóvil, acaba de sufrir una panne.

Te abraza cariñosamente tu amigo.

Pedro Prado.

Viña, marzo 23 de 1918.

Querido Manuel, falta un cuarto para las tres de la tarde. Prefiero esperar las once antes de salir a pintar, y pienso que sería agradable emplear el tiempo disponible conversando contigo.

Te escribo desde tu pieza verde. Las moscas, sobrevivientes al largo ayuno, me persiguen con pesadez. Logran a veces fastidiarme e interrumpir el hilo de mi pensamiento, pero un manotazo exagerado las revienta. Mientras persigo las ideas, que asustadas huyen, levanto la vista y contemplo, bien los falsos vitreaux rojos, verdes, azules y amarillos, bien, por la otra ventana, la ladera rocosa del Cerro Castillo que está allí a cinco metros cerrando el patio interior. Un quisco se destaca contra el cielo; está nostálgico de soledad; bien es cierto que con ese cabello y esa hurañez, difícil le será al pobre alternar con la sociedad de Viña.

Mientras sigo en persecución de lo que iba a contarte, y que ahora no recuerdo, en la pieza de arriba la de los tacones recios, trajina firme y prueba la resistencia de los muebles, del envigado y de la casa toda con sacudimientos y golpes tremendos. Recuerdo tus indirectas, luego tus quejas inútiles, y te compadezco. Esa mujer es una energúmena, y esta pieza tiene una resonancia feroz.

Se oye el ruido del anafe en el repostero tratando de confundirse con el sonar lejano, sordo, hondo y estremecido del motor del martinete que clava los rieles del nuevo puente que construyen en el estero. De tiempo en tiempo se escucha el chocar de la masa de fierro.

Un automóvil pasa; se advierte, crece el estrépito de la bocina, luego el silencio se reúne, se tranquiliza, y como

peces a quienes vuelve la confianza, los ruidos pequeños y cotidianos de los barrios apartados, aparecen. Un gallo canta. Tal vez canta desde el cerro porque el cocorocó llega suave y limado, al cruzar y pulirse en el roce del aire.

Pocos días después de tu viaje hicieron grandes calores. La mañana se anunciaba muy quieta, el mar verdoso. A las dos comenzaba a sentirse una temperatura asfixiante y poco a poco, a medida que ésta aumentaba, una brisa tibia, oleosa, sucia y maloliente iba convirtiéndose en viento oscuro y terrible. Mirado el horizonte desde el quiosco, producía temor el río de viento turbio y caliente que caía sobre el mar y lo oprimía deshaciendo la ligereza de las olas y de todos los libres y ligeros juegos del agua, para convertirlo en masa informe y densa.

El humo de los remolcadores, de las fábricas y el polvo y las basuras ligeras derivaban mar adentro. Hasta el horizonte no se veía otra cosa que una niebla amarillenta y sofocante. Todas las arenas volaban, y en las playas se borraban las huellas de los pasos.

Llegaba la noche y se oía cómo el viento seguía corriendo invisible. Las piezas sin aire, al abrirse mostraban basuras incomprensibles, traídas por el huracán, y que habían penetrado quien sabe por donde.

Dos, tres días pasamos envueltos en esa pesadilla. Una noche tembló. La luna nueva, sin brillo, tenía un halo rojizo y opaco causado por el aire inquieto y turbio que hasta lo alto remontaba el polvo de la tierra.

Una mañana vino, por fin, fresca, con nubecillas débiles que fueron engrosando y abriendo el cielo. El sol aparecía entre ellas claro, y con una luz nueva, radiante.

En la tarde se veían hasta el poniente cúmulos lejanos

que rodeaban en rondas pulidas y cada vez más pequeñas y distantes, claros por donde se divisaba un cielo verde-azulino, de un color de lejanía infinita y deseada. Era un espectáculo tan bello que, paralizado, no osé pintarlo. Lo miré y miré, hasta que la incertidumbre en que viven las cosas que pueblan el cielo, fue descolorándolo para convertirlo, enseguida, en un gris impenetrable. Un viento alto impelía a las nubes trayendo el mismo rumbo que traen los veleros que vienen de la India y de Australia.

Una oscuridad repentina cayó sobre mi casa, y gruesas gotas levantaron, al dar en tierra el polvo suelto de los caminos. Comenzó a llover. Lluvia con viento, sol y nubes en fuga. Corrían sobre el mar, el valle que forma el estero, la ciudad y los cerros distantes, grandes lampos de luz avivada por la sombría actitud de los trechos oscuros.

De pronto, la misma lluvia se iluminaba, y antes de una hora, el perfume de los pinos, de las malezas secas, agostadas en toda la vecina ladera del cerro; el perfume de la tierra y del mar era de una intensidad enervante. Los niños, con sus mantas y sombreros viejos, cantaban y corrían y saltaban, recibiendo el chubasco.

El crepúsculo fue de una dulzura evocadora, suave como un canto.

Pinté con unción. Estaba conmovido. Había en todo un ensueño, una evocación de un mundo con su cielo, sus aguas y sus caseríos suaves e irreales.

Pasado el chubasco, tarde ya, con la última luz, salí con Pedrito. Primero orillamos el mar, luego subimos al Cerro Castillo. Todo estaba oloroso y diáfano. Mientras vagábamos y se encendían las luces cristalinas, pensé,

sin orden, en ti, en los otros amigos, en nuestro arte, en mi vida y en tantas cosas lejanas e inexpresables.

Al regresar a casa, entre el jardín con sus pinos y el cerro con sus malezas húmedas, me pareció encontrarme como en el interior de una de esas viejas casas de cedro que huelen tan honda y tan deliciosamente.

¡Comprenderás si te he tenido conmigo!

De todos los míos saludos para ti y los tuyos. Yo ya tomé once y me largo a pintar.

Te abraza your brother.

Peter.

Viña del Mar, febrero 5 de 1918.

Manuel: venía llegando con mi caja de pintura, y algo satisfecho de un apuntito a contra luz, cuando, desde los Altos, la Adriana me anunció que tenía carta tuya. Subí con rapidez.

Esta mañana, al regresar de Valparaíso (anduve por el Cerro de los Placeres vagando sin rumbo) desde el jardín oí tu voz. Sonreí ante tan agradable sorpresa. Pero... Comprenderá si tu carta llegaba en buena hora.

La he leído y aquí estoy después de gastar el tiempo necesario para tomar un medio vaso de piperacina y desaguar lo acumulado.

Aquí estoy a tus órdenes (es un decir) o sea: vamos a echar un párrafo.

Te escribo desde una pieza que hasta hoy a las 12 era despensa y que después del meridiano he consagrado a escritorio, taller y refugio. Huele todavía a manzanas, a

duraznos corchos, a tortas y entre muchos otros olores de vituallas, huele, también, ligeramente a queso. Un perfume que, en conjunto, es a la vez evocativo, poético y apetitoso. Me siento como un ratón de despensa y como Pedro Prado al mismo tiempo. Sumo, a los que tenía, otros bienes. En esta pieza salgo ganando.

Ahora, conocedor ya del sitio donde esta sale a la luz (que por segundos va mermando ¡es el crepúsculo, Manuel!) voy a responder lo que de tu carta requiera ser contestado.

No he estado difunto, pero me he sentido mal. Hoy, sólo hoy comienzo a levantar el ánimo en la misma medida en que los dolores lumbares desocupan el único sitio que tengo para albergar huéspedes. Vienen un poco de humorismo, un poco de actividad alegre y otros antiguos conocidos. Les recibo, como tú comprendes.

Hay dolores que traen filosofía y otros que entontecen. Cuando la apendicitis tuve de los primeros, ahora de los últimos. Ay! Manuel mis dolores se ubican más o menos donde el espinazo va pensando en dejar de ser espinazo. ¿Acaso mi conciencia recibió el anuncio de esos dolores creyéndolos causados por puntapiés ajenos? Es posible, porque (he encendido luz) me venía con ellos un embrutecimiento curioso. Deduzco que un puntapié en salva sea la parte, es un castigo y un insulto denigrante que si no se contesta como se debe, necesariamente embrutece. ¿A quién podía yo devolverlos? He andado todo lo rabioso que he podido; pero... Ay! Manuel si vieras tú lo que es embrutecerse. Es como ver menos, oler menos, gustar menos, andar o sentarse sin deseo de ello, mirar lo que ocurre y no decir ni pensar nada y cuando, a veces,

recuerda uno el que había sido y el que deseaba ser, preguntarse ¿qué? ¡Ah! en fin! no entiendo!

Y todo aquello era ácido úrico oh! ruindad, ni la estupidez deja de ser un producto en cierto modo químico. Como mis dolores malogré específicos que valían un peso y diez centavos la oblea (me tomaba cuatro al día y caminaba, pues, a la ruina) iban en tal crescendo que de vez en cuando alguno llegaba a dar un do de pecho que me hacía ver candelillas, mandé a examinar mi orina.

Me han visto la orina! Manuel, ¡qué diablos! y me la han visto con microscopio. Ah! pero me la han pagado.

Azúcar, no; albúmina, tampoco; otros comestibles, ni indicios; pero ácido úrico en proporciones tales, que el dueño de la botica La Unión Viña del Mar - Calle Valparaíso 482 (puedes dirigirte a él si dudas de lo que voy a decirte) me llamó aparte y muy seriamente quiso contratarme para la producción del acidito; tú sabes: la guerra, falta de vapores, específicos difíciles de obtener de Europa, total: una fortuna, me salía la meada regular como a \$ 3.95. Dudé, dije que iba a pensarlo; por suerte una punzada feroz me desalentó. Todo lo que el alemán hizo por acaparar mis productos fue inútil. Para resarcirse me cobró doble precio por la piperacina. Voy mejor. Sólo experimento la vergüenza que sienten los botarates, cuando, por allí en los suburbios, contra una linde latas mohosas o un arbolillo enclenque, largo esas mis rubias aguas.

Queda contestado el primer punto.

Como pronto me llamarán a comer quiero, aunque sea telegráficamente, responder a todo lo que desees.

2° No pude anunciarte mi viaje a Santiago. Tuve un sueño telepático, una cosa estrafalaria que resultó cierta

(no olvides que estaba en pleno embrutecimiento). Total mis arrendatarios de la bodega me entregaron las mismas, pese a los contratos habidos. Buen negocio.

3° Carta Ried, notable. Carta grueso Santiván, otra Ried, más notable todavía. Ried dio gran conferencia sobre Los Diez en el mejor centro literario de EE. UU. Lo rodeaba la mejor gente (entre ellos estaba Patee, el autor de literatura yankee que te recomendé donde Nacimiento, muy cara ¿te acuerdas?). Fuimos comprendidos. Por voto especial de la asamblea después de largos y hermosos discursos de Patee y otro, que hicieron el comentario de Los X, acordaron enviarnos un voto de aplauso y simpatía y ofrecernos como ejemplo a la juventud yankee estragada por el dólar. ¿Qué tal? Han comenzado a traducir algunas cosas mías al inglés. Mal negocio.

4° Manda todo sin miedo. No se pierde nada. Llegan hasta las cartas que traen malas nuevas.

5° El "Rancagua" me parece haberlo visto en Valparaíso; he andado por la bahía pintando chatas y otras porquerías.

Mucho, pero mucho me alegro de que hayas ordenado, por fin, tus versos y que estés resuelto a publicarlos. Tú sabes muy bien si los espero con ganas. Sigue con el libro en prosa, aprovecha tu estado de ánimo, que si lo desperdicias...

6° He pintado 20 cosas, he dibujado 10 y en resumen: nada. Estudios que pueden servir... hasta mamarrachos sinceros que dicen, claramente, que no servirán nunca. También suspiro por las telas grandes, pero para llegar a ellas hay que pintar pequeñas primero.

7° He escrito lo que antecede y otras epístolas. El

“curcuncho” no es para tomarlo con la estupidez que aún me queda.

8° No ha aumentado hasta hoy lunes 5 de febrero de 1918 mi prole. Son las 7 ½ p.m. Pero estamos listos. ¿Quieres ser mi compadre? Si tienes desvío por tales cargos no he dicho nada. Yo soy de tu opinión.

Mi vida, por el contorno de la tuya, es un ir y venir, y subir y bajar, y andar a pie, en carro, en bote y, cuando pago, en coche, y cuando me convidan, en auto. Fui el jueves en un HP a Concón con niñas. Que viejo y que indiferente y que bruto estoy, Manuel. A la vista de aquellos conocidos paisajes, al divisar el río, el caserío y unas palmas que allí se están desde quien sabe cuando, sólo pude recordar muchas y antiguas vacaciones. Pensé en mi padre y en amores que casi fueron. Pero más que todo recordé a mi padre porque sólo él ha muerto y ya entonces era triste, enérgico y bueno.

Todos devuelven a todos los saludos. Pedrito escribirá a Mireya.

Deduzco que los tuyos están buenos y me alegro. Salúdalos en mi nombre. Quisiera tenerte aquí conmigo (La comida está servida).

Manuel, en fin, tú sabes. Te estoy abrazando. Luego de pie agitaré la mano en señal de despedida.

Quisiera ver esas barbas.

Nuevamente te estoy abrazando.

Pedro.

Manuel lo he pensado bien (es decir, tu comodidad) y me atrevo a hacerte la siguiente invitación. Tú vendrías a pasar con nosotros los días que faltan hasta que salga el

“Rancagua”. Tenemos todo menos cama. Si el sacrificio merece la pena embarcas tu cama tan pronto recibas ésta. Si el “Rancagua” sale en marzo mejor que mejor y si, a última hora, decides no ir a EE. UU., pues macanudo. Mira si soy egoísta!

Tendrías una pieza muy buena y muy independiente en el 1er. piso. Una sola cosa exijo: telegrama si aceptas. Quiero comenzar a alegrarme tan pronto como te decidas. Te espero. Trae tus pinturas.

Yo no te encargo nada. Sólo quiero a my brother.

¿Aceptas? Pues andando al telégrafo. Que tu gente quede tranquila. Te cuidaré... hasta donde pueda. No olvides tu cama.

Manuel, tú me escribes y yo te escribo. Me parece verte y verme, a la vez. Los dos inclinados sobre unos papeles blancos que vamos llenando, tú de tinta en hilo, tejida a crochet; yo, de garabatos metidos a gente. Son las 9 o las 10 de la noche (tú conoces lo cortos que son los minutereros de mi reloj, y lo difícil que, por ello, saber la hora exacta).

Uno aquí, otro allá, la noche encima, campos y serranías en medio, dos hombres se escriben.

Estoy en tu pieza, porque he querido aprovechar el resto de tu espléndida Carter's Koal black ink.

Aún está tu cama metida en retobo, y aunque no sea muy edificante, persiste sobre ella la imagen de un hombre ya grandecito, de frente desembarazada y barbas copiosas, cosiendo en camisa y calzoncillos, con una gran aguja, de un modo penoso y ridículo, los jergones que se resisten.

Deseando borrar de mi mente tan estrafalaria actitud, mañana te enviaré tu cama.

Hoy he pintado algo que parece estar bastante mal. Tengo una indiferencia funesta que no permite ni alegrarme ni dolerme de ello, ni de nada.

Sin embargo, mi indolencia fue hoy sacudida un instante porque Jorge Prado Jaramillo, distinguido joven que tú conoces y que me dice papá, ha sido pasado con parte al juzgado. No es broma; los sucesos ocurrieron así:

Deseando la Nanita venir desde la playa a la casa, porque sentía necesidad de descomer, Jorge aseguró (simple contagio) que él también iba a reventar. La Goyita, la ideal nurse criolla que tú admiraste, se trajo a los tiernos niños camino de la casa. Pero al pasar, un automóvil a poca velocidad, parece que D. Jorge le lanzó una piedrecita, que fue a dar en la mejilla de Mr. Wilfred Leslie. Detuvo el inglés su coche, llamó al guardián, se encaró con Goyita y con Jorge y dejó su tarjeta al representante de la autoridad quien tomó todos los datos necesarios para iniciar proceso. Angelical historia. He ahí un chico que promete. Resistió el chubasco del inglés tranquilamente con el dedo metido en la boca.

¿Cómo encontraste a tu gente? Con tu ida el aburrimiento, para mí, comienza a filtrarse y pronto me vencerá.

No olvides nuestros proyectos pictóricos.

Saluda atentamente a tu mujer y a tu cuñada. A Mi-reya un abrazo.

Cariñosamente te recuerda tu amigo.

Pedro Prado.

Viña del Mar, marzo 15 de 1918.

Santiago, abril 28 de 1918.

Querido Manuel, deseo saber de ti y de los proyectos que ideamos juntos. ¿Has pintado? Ya comienzan las exposiciones. Prieto y Araya han roto el fuego, y si éstos eran los que según propias declaraciones no exhibirían, ¿qué harán los que, desde tiempo atrás, no temían confesarlo? Strozzi seguirá pronto, y luego vendrá el alud.

Ignoro cuáles sean, al presente, tus ánimos. Si tienes tiempo, cuando pases por el centro anda a la oficina de Bertrand, y si por casualidad no me encuentras, arroja por sobre la mampara una tarjeta, previniéndome del día y hora en que repetirás la visita. (A las 5 P.M. estoy casi siempre).

Has de saber que Bertrand me pidió que me hiciera cargo de su oficina, deseoso que en ella lo reemplazara hasta donde mis conocimientos o pretensiones lo permitieran. Tú, que bien me conoces, sabes que si en muchas cosas ando ayuno de los primeros, nunca me faltan las segundas, y como Dios me ha hecho así, fantasioso, como diría mi mayordomo, no es raro que haya aceptado lo que se solicitaba de mí, sin que el rubor me quemara el rostro, ni la más ligera inquietud turbase la seguridad que, anda tú a saber porqué, siendo ella mujer, nunca quiere abandonarme sea cual fuere el trance que se me presente.

Héme de arquitecto, mañana vendrá una guerra y seré militar, pasará por otras transformaciones hasta que muera de simple fraile y, acaso, sino en pleno olor, al menos bastante adelantado en perfume para que sospechar a favor de mi naciente santidad.

Estas encarnaciones futuras, tantas van a ser, vistas

desde aquí en perspectiva, que me hacen pensar, no sin dolor, en que dilapidaré los días que quedan en mil empresas que iré abandonando cada vez sin mayor escarmiento hasta que sin más tiempo que disponer, muéra tan escaso y pobre de él como los que constantes y tenaces pusieron todo el caudal de sus ideas a una sola ilusión. Ellos dejarán huella, mi labor fragmentaria y diversa tendrá, después, el aspecto de lo que el destino dispersó: tal los despojos incompletos de un edificio en ruinas. Nadie puede reconstruirlo al no hallar lo perdido; terminará por no interesar. Mas, si los edificios mueren y sobrevienen, así, las ruinas, bien haremos en no olvidar que las ruinas también mueren. Morirá también nuestra muerte Manuel, tú bien lo sabes ya que siempre repites el a quoi bon.

Hoy de arquitecto, mañana de lo que el destino mande. Dejo a él el cuidado de avisármelo. Y mientras llega el mañana de todos los días, y el mañana donde los días concluyan, acepto con obediencia este viajar continuo, este cambio admirable que sobre las nuevas bellezas que en estas pasajeras horas me descubre me va formando, no sin dolor, la conciencia de cuán grande, hermoso es el mundo del hombre y de su pensamiento. Vivamos el presente con intensidad, sin cuidarnos del mañana que cada día, como dice el Evangelio, trae su propio afán, y así como los que esconden un tesoro sonríen de pasajero apuro que atraviesan, no olvidemos el tesoro de nuestra muerte. Que si en su abismo desconocido caben castigos y recompensas, lleguémonos a lo que nos den tranquilos como criaturas ¡tan indefensos fuimos! y si no hay sino descanso infinito, desde luego sonriamos a ese sueño verdadero...

Manuel ¿he estado esotérico? Qué quieres, me ocurre que si deseo darle la vuelta completa a un pensamiento llego siempre a lo que en ésta he llegado.

Si lees estas líneas en la mañana te burlarás, si a mediodía te harán dormir, si a la tarde quizás comprendas y perdones.

Yo las he escrito tal vez porque ya comienza la noche, y afuera hay nubes oscuras y viento frío.

Te abrazo y envío a los tuyos y a ti los saludos mío y de los míos.

En este instante llega el canto de las campanas de Lourdes y siento más diáfano y fresco el perfume de unos juncos que están sobre mi mesa.

Desearía que en este instante estuvieses conmigo. Después de un largo silencio es posible que yo dijera sin saber lo que expresaba y enseguida de una respiración honda...: — Sí, Manuel.

Your old brother.

Pedro Prado.

Querido Manuel, hoy, 20 de noviembre de 1918, inauguro mi torre, la torre de uno de Los Diez y de los nueve restantes. La inauguro con toda solemnidad y con todos los requisitos que señala aquel pequeño gran libro de los Cinco Tratados, de páginas en blanco, cerradas y en olvido innecesario desde que nada dicen. He aquí por qué las recuerdo. La inauguro acompañado de unos rayos de sol que se cuelan por la ventana del oriente y por una brisa curiosa, inconstante, perfumada, evocadora e indefinible como una mujer.

De la orquesta quedaron encargados la ciudad de Santiago y los campos vecinos. Difícil sería explicar la música que ejecutan, porque la obtienen fundiendo todos los ruidos imaginables hasta obtener una armonía a la sordina, vaga y grandiosa. Las voces corren a cargo de gallos petulantes, de chincoles, chercanes y otras aveci-llas menores, de perros incansables, de niños que lloran, de mujeres enfurecidas, de vendedores de helados, de vacas que mugen, de silbatos de trenes lejanos y un herrero vecino que bate el hierro contra el yunque. El ritual, que se completa con una mitad de tristeza y una mitad de alegría, tiñendo el ambiente, y con unos deseos vagos y unos desalientos imprecisos termina por fin con un recuerdo cariñoso y un sincero agradecimiento al hermano amigo y pachá de La casa junto al mar.

Tú sabes, Manuel, mi opinión sobre tus últimas producciones. Entre ellas distingo especialmente "Los bueyes libres", "El camino solitario", "Día nublado", "Recuerdos", "El poema de la semana", "La cita", "En la sombra", "La llama" y muy especialmente: "Por la orilla del mar", "Apaisement", "Madre mía" y "A mi hija". En éste, tu último libro, se hallan las poesías más bellas y más hondas que hayas escrito y que contarán siempre entre las mejores de nuestra literatura.

Manuel, quisiera hablar contigo sobre todo esto, aquí en este sitio propicio. Las dos naves de antiguas paredes, que conservan huellas de toneles y aún huelen a viejos vinos saben albergar otras causas de ensueño y de locura. Si tú vienes tañeré siete veces la campana de esta chacra y si antes llamó al trabajo en cada amanecer y en cada mediodía, ahora, libre, en su nuevo ventanuco de todo

inútil y metódico afán, ha aclarado su voz para que suene como la de un pájaro.

Subiremos a lo alto de la torre, y después de contemplar largamente todo lo que encierra el círculo del horizonte, hablaremos cada vez más a las pérdidas, de cosas imprecisas.

¿Te espero el sábado a almorzar? Si vienes convido a Ried y a Leng.

Para entonces te tendré la lista que deseas. Saludos a los tuyos. Te abraza y felicita y espera tu viejo amigo.

Pedro Prado.

Querido Manuel, aun cuando mañana te veré en la apertura de tu exposición, y esta carta llegue a tus manos después de que nos veamos, sin embargo la escribo para satisfacer un sentimiento.

Hoy ha llovido con una tenacidad que abre todos los recuerdos. Mi salud inconstante, el día oscuro y húmedo, y el no tener trabajo de urgencia en la oficina me decidieron a quedarme en casa. Un tiempo en mi escritorio, corrigiendo mi libro; luego largas contemplaciones desde la torre, con la cara pegada a los vidrios, fueron trayéndome esas ideas vagas y ese sentir multiforme y hondo de los días de lluvia pasados en soledad.

He abierto después uno y otro y otro libro. No había en ellos reposo para mí. Busqué, guiado por la intuición, tu Casa junto al mar y vino un goce tan verdadero que sentí cuanta verdad, verdad poética, la única que vale, hay en las páginas que tú escribiste. Tu libro es muy superior al valor que le atribuí en mi primera impresión.

Cada vez me gusta más. Es como una cosa viva que crece.

Como la calidad del bienestar experimentado es de los que necesitan ser agradecidos a alguien, y como, por suerte, tú eres mi amigo y algo más, vengo en darte mis agradecimientos.

Ahora quedo tranquilo. Queda tú lo mismo porque el bien que tú hoy me has hecho, cree que lo pago, aquí, con moneda de buena ley.

Te abraza tu viejo amigo.

Pedro Prado.

Chacra Sta. Laura, mayo 16 de 1919.

Santiago, setiembre 2 de 1919.

Querido Manuel, ayer supe que habías estado enfermo de cuidado, allá en tu retiro de El Melocotón. Comprenderás cuánto siento no haber sabido más oportunamente de tu enfermedad.

Pero ya sé que estás restablecido y de que todo el mal pasado, el hombre que hay en ti estará cosechando experiencia, y el artista nuevos frutos de belleza.

Yo también he estado mal y sigo y seguiré, quién sabe por cuánto tiempo, sin lograr mi salud antigua. He visto desfilar unas interminables veinte y tantas noches sin pegar los ojos. El insomnio más atroz de que tenga memoria. Creí volverme loco. He quedado con los nervios rotos. Cerré mi oficina de arquitecto y en la actualidad ando con permiso.

Tú perdonarás, por todo ello, que aún no haya escrito el prólogo que me pediste. Es una de mis espinas, en la

hora actual, el no haber cumplido con una tarea tan grata para mí y que, es la verdad, he deseado acometer desde hace mucho tiempo atrás, y aún sin vistas a prólogo o cosa por el estilo.

Entre tantas malas noticias tengo, siquiera, una entre mediocre e ingenua que comunicarte. Hará unos veinte días, hice vaciar la cabeza, en plasticina, que te había modelado (Previamente le di mis retoques para resarcir las pérdidas que experimentaba cada vez que a falta de masilla la barba de tu efigie contribuía a tapar algún nuevo escape de gas aparecido en la manguera de la lámpara de mi escritorio). La hice vaciar, repito, no en el bronce que tú bien mereces, sino en un humilde y presuntuoso cemento imitación piedra que la calidad del trabajo hecho por mí, merecía. Si te he inferido agravio al emplear tan vil material en reproducir tu imagen, perdóname Manuel.

No para paliar el asunto me atrevo a decirte que el resultado obtenido con el vaciado es bastante satisfactorio. Entiéndelo bien, satisfactorio para un pobre ambicioso como yo: poeta — pintor — arquitecto que aún se le atreve a la escultura. Lo de la fábula del pato que ni nada como el barbo ni corre como el gamo, etc.

Al menos tu imagen me acompaña con mayor consistencia en este mi solitario escritorio y me trae el recuerdo de aquella buena época en que tú eras un hombre con toda la barba.

Los moldes del vaciado que he querido conservar están a tu disposición.

Deseándote mejoría te abraza tu viejo amigo.

Pedro Prado.

Julio Ortiz de Zárate que está presente me encarga te formule iguales votos.

Ayer pasaba con Ried por el Correo y te enviamos la numerosa correspondencia acumulada en tu casilla.

Santiago, mayo 4 de 1921.

Sr. Manuel Magallanes Moure, San Bernardo.

Querido Manuel, tu bondadosa invitación no pude aceptarla porque en aquellos días tuve quehaceres importantes. Todos ellos se me hicieron más odiosos, pensando que habían venido a ocupar las horas destinadas a los más gratos esparcimientos. "Estaría de Dios", como dicen los huasos o "paciencia y barajar" como dice el Jelsé. Este año se me presenta mal intencionado. Ignoro qué sorpresas me reserva; pero es el caso que yo no confío en él, porque no desperdicia ocasión para jugarme una mala pasada.

Qué día tan oscuro! Un día íntimo, con cielo de nubes compactas, allí, a poca altura. Un día de esos que te gustan, Manuel, porque tienes la coquetería de la tristeza.

Ha habido, terminado el renglón anterior, un largo entreacto con un contratista. Asunto de pesos más y pesos menos, y para colmo ajenos... Me sería imposible recuperar el ánimo del principio de esta carta, y seguir conversando contigo. He quedado sucio de pequeñeces y de restas y de sumas y de números alineados como soldaditos de batalla.

Miro hacia afuera, y están los árboles tan quietos, en

este día de gris inmovilidad, que sólo el pensamiento equilibra por su mayor ligereza esta tarde triste. Pienso en el Rapel, ver el balseadero, y mientras aguardo que la lancha, que viene tan lenta, acabe de cruzar el río, me parece que nunca como ahora ha estado más oloroso el aire. Qué soledad tan honda! Creo por momentos escuchar el sordo tumbo del mar lejano. Ya la lancha llega a esta orilla. Siento frío y un deseo intenso de estar en un sitio íntimo donde haya, para mí, ternura. Y héme aquí nuevamente, feliz en mi casa. ¿Qué diría el botero? Pobre diablo, acabará por creer en apariciones.

Pero ya otra vez, deseoso de rodar nuevas tierras, salgo rumbo a San Bernardo en tu busca. No te escaparás.

Pedro Prado.

Stgo., oct. 20 1921.

Querido Manuel, un poco enfermo y sin nuevas noticias que darte sobre la dirección del Museo, sólo hoy te escribo para darte cuenta de que acabo de ser nombrado. La sensibilidad un poco gastada con tantos inútiles incidentes, hace que el dichoso decreto me encuentre frío. Pero de ellos me alegro por muchas cosas, y muy especialmente por tu actitud tan decimal. Gracias, thanks, old brother!

Hoy he estado con Buero el ministro del Uruguay hablando de ti y de otras contadas personas que aquí valen. En mi auto, que Buero quiso ir manejando, fuimos a ver a Gabriela Mistral. Creo que la mutua impresión ha sido espléndida. Qué te parecen los nuevos embajadores

que llegan a nuestro país! Compáralos con los que de aquí salen...

Buero me encargó tus obras y dos o tres más para darse cuenta cabal de nuestra literatura de mayor valer.

En una hora más saldré al centro a hablar con Tomás Ramírez, quien desea que retire mi renuncia. Tú, como él y como muchos, han visto en mi renuncia una susceptibilidad, y no hay tal cosa. Renuncié para que, dada la imposición del Gobierno, no renunciase al Consejo, he ahí todo. Por suerte ya esto quedó solucionado.

Deseo verte para la apertura del salón, o días siguientes. De 4 a 5 ½ estaré siempre en el Museo. Tengo mucho que conversar contigo respecto a futuros planes.

Aunque no te des cuenta de ello, la verdad es que te estoy abrazando.

Tu viejo amigo.

Pedro Prado.

P. S. Atentos saludos a la Sra. Carvallo.

Sr. Manuel Magallanes Moure, San Bernardo.

Querido Manuel, he leído en Claridad tu envío a Vicuña Fuentes. Perdona que a mi vez te envíe yo estas líneas porque tu actitud me ha parecido demasiado ultraísta. Vicuña es un pobre gato; yo, ministro, le destituyo en virtud de su calidad zoológica. Respecto a la libertad de opinión deseada en absoluto, es pura palabrería. ¿Qué hay de absoluto en la vida? Quisiera conocerlo. Nuestra época está enferma de grandes cosas abstractas, y como

la abstracción es algo cada vez más vacío de vida llega el tiempo en que la gente comienza a alimentarse de aire y ruido.

Estoy a la orilla del mar, y hay que ver cómo eternamente sirve para pensar con sencillez el espectáculo de las olas.

Hoy es día de viento y recorre todo el edificio del hotel una trepidación sorda y anhelante.

Tu viejo amigo.

Pedro Prado.

Llolleo, set. 14, 1921.

Sr. Manuel Magallanes M., París.

Querido Manuel, pasa el tiempo y no nos escribimos. Acaso el mucho recordarte me hace creer que estoy comunicándome contigo; tal vez te ocurra otro tanto, pero hay que reconocer que nuestras instalaciones inalámbricas deben estar descompuestas, ya que no son capaces de registrar ningún mensaje. Vuelvo pues a los tiempos pre-Marconi y empleo el antiguo sistema de los garabatos sobre un papel.

Muy de tarde en tarde, acaso desfiguradas por el pasar de boca en boca, recibo algunas breves noticias sobre tu vida. Así supe que estás en París con Valenzuela Llanos (a quien te pido saludes afectuosamente en mi nombre). Me dicen, también, que estás trabajando con entusiasmo, ¿en qué? No lo sé. ¿Pintas, escribes? A lo dicho se resume todo lo que sé sobre tu persona, no es mucho como ves, y quizá aún ese poco sea equivocado.

Si San Bernardo estuviese más cerca (iré el próximo domingo) me informaría en tu casa pero llegó el invierno y no es posible ir en auto sin embarrarse hasta la coronilla, además me he creado varias obligaciones nuevas y el tiempo escasea.

¿Qué es de Alberto? Hace mucho tiempo que no recibo nada de él. En fin, a juzgar por el cariz que llevan las cosas, van Uds. resultando dignos de nuestros muy amados y lacónicos absolutos hermanos Acario y Alberto García.

Pienso que esta costumbre puede traerles tristeza, a juzgar por lo que a mí me ocurre. Todos estamos seguros del recuerdo y compañía de todos, pero es más agradable sentirla con mayor evidencia.

Aquí he quedado desde tu viaje cada vez más solo y a semejanza de los engaños que cada cual busca para evitar su soledad, me entrego con ardor al trabajo.

En abril revelamos el fraude de Karez I Roshan, puesto que el logro de los propósitos había sido colmado: sus poemas figuran en los textos de lectura de Retamal Balboa y la crítica extranjera reconoció en él al sucesor más evidente de Omar Al Kayam. El asunto metió su ruido y, por algunos días, en este rincón del mundo, fue el solaz de nuestro carácter taciturno.

Actualmente, desde el comienzo del año escolar, soy profesor de Estética en la Escuela de B. A. Hago un curso público, y no puedo quejarme de la asistencia. Tal vez el trabajo del año sea la redacción de mis lecciones.

Estoy, además, desde hace un mes, contratado en "La Nación" para un artículo semanal. A pesar de todo, no olvido mis obras en preparación, especialmente El hijo

del hombre que, desde que tú lo creíste bueno, me atrae más.

Juan Fco. casi se ha muerto de un ántrax horrible que le brotó en la espalda, estaba mejor, pero ha tenido una recaída de la que va saliendo muy lentamente. ¡Escríbele! Pobre viejo, piensa en sus cuadros confiados a Ried y no sabe cuál sea su suerte actual.

Alfonso tuvo un éxito formidable con Alsino, se ha dado tres veces con teatro lleno (dos veces en el teatro Municipal con asistencia de don Arturo). Pueda ser que lo envíen a Europa. Pero papá Fisco está tan pobre que aún no aprueban los presupuestos del presente año. Pasamos por una crisis como no se ha visto otra. Yo no tengo trabajo alguno de arquitectura, como no sea una Iglesia para El Tabo... que debo dibujar gratis! Mis negocios, como los de todo el mundo, andan resentidos, y aún no es posible conseguir que el gobierno pague los sueldos atrasados. Escapaste en hora oportuna! Por lo demás, dentro de ciertos límites, a todo se hace el cuerpo, y como las cosas cuestan un disparate, nadie compra y resulta al fin una economía.

Donoso se casó con María Monvel. Repitió el procedimiento de Barrios, y ahora el chico anda por esas calles muy del bracete. El hombre está feliz; en "El Mercurio" lo han ascendido, y no tiene que velar hasta la madrugada.

Guzmán anda más silencioso que nunca, publicó un libro de poemas con algunos hermosos, pero, en general, inferiores a sus obras anteriores.

Barrios acaba de tener un grán éxito de crítica con su último libro El Hermano Asno, novela que tiene capítulos soberbios pero que se resiente mucho al final.

A Gabriela Mistral acaba de invitarla el Gobierno de

México, costeándole todos los gastos. Va a dar conferencias y... quien sabe si a quedarse. Esto último sería una injusticia de su parte. La he oído hablar últimamente en las fiestas de despedida que se le han hecho y se ha desempeñado de un modo magistral, estoy seguro que dejará la más óptima impresión.

Todos se van y muy pocos vuelven y los que vuelven no vuelven del todo. Mientras, aquí quedamos unos pocos, cada vez más solos. Yo he perdido toda esperanza de ir a parte alguna; en noviembre pasado enteré el noveno hijo y ya soy un pontón que, acaso hecho para navegar, vese, sin embargo, amarrado por nueve cadenas. A primera vista se me creyera entristecido, pero no es así. De todas partes puede brotar la alegría que necesitamos para vivir, y yo la encuentro en trabajar firme y hacer con amor la tarea que ocupa mis días.

Ojalá ésta llegue a tus manos, pero si no tiene tal suerte, ella, también hecha con afecto, basta para traerme el pan nuestro de nuestra diaria alegría.

Va un largo y cariñoso abrazo, si al no encontrarte no estrecho otra cosa que el vacío, mi acción no será perdida, de algún modo la sentirás como yo la siento.

Pedro Prado.

Chacra Sta. Laura, Junio / 22 / 22.

A Alberto, a Ortiz de Zárate, a todos los que tú sabes que estimo y recuerdo, no olvides saludarlos en mi nombre cuando los encuentres. Quisiera escribirles largo a todos ellos, pero no tengo tiempo.

La Serena, Oct. 8/23.

Querido Manuel, desde tu tierra, vaya en la sonrisa de esas niñas, el mejor saludo que te pueda enviar tu viejo amigo.

Pedro Prado.

Estuve en la playa, te llevo un handstone! Hoy sigo a Vallenar, mañana a Copiapó.

Estas líneas se leen en una tarjeta postal que fue enviada dentro del sobre. La alusión a las niñas se debe a que la tarjeta muestra un grupo de varias señoritas en el paseo de la Plaza de Armas de La Serena. Curiosamente, esta correspondencia concluye con una referencia al handstone que aparece en la carta primera.

CUADERNOS DEL CENTENARIO DE
LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

FERNANDO DURÁN V.	<i>Pedro Lira Urquieta</i>
ALFREDO MATUS	<i>Homenaje a Rodolfo Oroz</i>
ERWIN HAVERBECK O.	<i>Fernando Santiván</i>
HUGO MONTES	<i>Pablo Neruda</i>
HERNÁN POBLETE V.	<i>Luis Oyarzún Peña</i>
MATÍAS RAFIDE	<i>Francisco Donoso</i>
SERGIO HERNÁNDEZ	<i>Ricardo A. Latcham</i>
HUGO MONTES	<i>René Silva Espejo</i>
FERNANDO GONZÁLEZ URIZAR	<i>Rumia y Llanto por Hernán del Solar Aspillaga</i>
HUGO MONTES	<i>Evocación de Jaime Eyzaguirre</i>
ERWIN HAVERBECK O.	<i>Sady Zañartu</i>

